

MAS ALLA DE KATMANDU

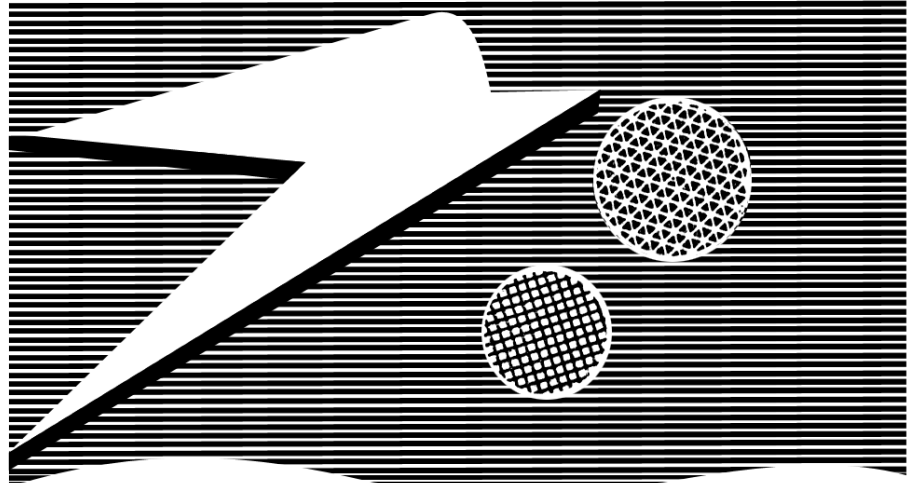
PETER
DEBRY



BOLSILEROS
BRUGUERA
SERIE

LA CONQUISTA
DEL
ESPACIO

eb



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

PETER DEBRY

**MAS ALLA DE
KATMANDU**

Colección LA CONQUISTA DEL ESPACIO *n.º* 46

Publicación semanal

Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

**BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS -
MEXICO**

Depósito Legal B 15.779-1971
Impreso en España - Printed in Spain
1: edición: junio, 1971

© PETER DEBRY – 1971
sobre la parte literaria.

© RAFAEL GRIERA – 1971
sobre la cubierta.

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS
EN ESTA COLECCION

41. — Las momias.
Ralph Barby
42. — Vampiro 2.000.
Curtís Garland
43. — Morir es un error
Peter Debry
44. — La otra tierra.
Glenn Parrish
45. — Cyborg.
Curtís Garland

CAPITULO PRIMERO

El enorme despacho era impresionante. La luz era tan indirecta que sólo iluminaba tenuemente el suelo recubierto por una moqueta verde imitando el césped.

Al fondo, todo el espacio de pared era una inmensa pantalla blanca, como de cinerama.

Y por todo mobiliario, una mesa descomunal, a un lado de la extensa sala. Sobre ella una serie de paneles, aparatos, instrumentos de medición, palancas y botones de muy diversos colores.

El ocupante del despacho, desde su sillón giratorio, pulsó una palanca diminuta. En lo alto de la gran pantalla blanca, aparecieron unas letras de intenso color azul.

Luminosas mayúsculas que además de disipar la penumbra verdosa formaban el título de la famosa revista científica:

SENDAS DESCONOCIDAS

Tras la mesa, Alex Powers, redactor jefe de la revista, vestía impecablemente. Parecía más bien un luchador, dada la amplitud de sus hombros y la reciedumbre de su cuello.

Pero sus facciones enérgicas por los salientes maxilares, eran apenas visibles en la parte superior del rostro cubierto por unas gafas descomunales, de cristal negro.

No eran unas vulgares gafas solares. Uno de los grandes cristales negros y circulares ostentaba una «hache» mayúscula. El otro una «ene» también mayúscula.

El hombre que hasta entonces había avanzado con lentitud, se detuvo tras el respaldo del sillón señalado por la mano de Powers.

Regis Kleber, moreno, enjuto, aparentemente delgado, pero de fibrosa constitución muscular era joven en edad, pues sólo tenía veintiséis años

Alex Powers habló por vez primera desde que se había abierto la puerta de su colosal despacho privado:

—Suelte lo que está deseando decir Kleber.

— ¿Acaso es adivino, Powers?

—Instintivo. Además tengo su ficha bastante completa. Sus conocidos le tildan como brutalmente sincero.

— ¿A qué viene todo este teatro?

El índice de Kleber señalaba las gafas negras, la pantalla, el suelo, la mesa aparatosa. Con sacudidas, como si en vez de índice, manejase una batuta.

—Un genio tiene que ser algo excéntrico Kleber.

—Ah, porque se cree usted un genio...

—Lo soy. Usted y yo sabemos perfectamente que la molestia es la hipocresía de los tímidos. Ni usted ni yo somos tímidos. ¿Quiere sentarse, Kleber?

Tal vez para demostrar que también él tenía ribetes geniales, Regis Kleber no ocupó el sillón en forma normal. Alzó una pierna, hizo girar el sillón y lo cabalgó para apoyar pecho y mentón en el respaldo.

—Sus gafas me intrigan, Powers.

—Generalmente los que yo conozco, me llaman señor.

—Si lo es, ya lo demostrará.

—Posiblemente le resulto antipático, Kleber.

—Nunca me dejó llevar por mi primer instinto. De todos modos, sus prendas personales, me tienen sin cuidado. Lo único que me importa es saber qué diablos significa esto.

—Del bolsillo superior de su cazadora de ante extrajo Kleber una cartulina que echó sobre la mesa.

La diestra de Powers atrajo la cartulina haciéndola resbalar hasta un recuadro de cristal opaco. Pulsó un botón.

En la pantalla de la pared apareció la cartulina muy amplificada en sus líneas mecanografiadas.

«Regis Kleber.

»Hotel Manchester.

»Si le interesa ganar veinte mil libras esterlinas, acuda a la dirección inscrita al dorso. Viernes, cinco tarde.

— ¿Cuál fue su primera impresión al recibir este mensaje, Kleber?

— ¿Por qué lo proyectó en la pantalla, Powers?

—Un accidente me obliga a llevar estas gafas. Son irrompibles. Sin ellas, todo es borroso para mí.

—También me resultó borroso el contenido de la tarjeta. No creo ya en Papá Noel.

—Yo tampoco, y es una pena. Pero ha venido y esto es lo esencial.

—También será lógico que para poder ganar esta cantidad, la operación, misión o faena, acumulará muchas dificultades.

—Muchas es poco. De sus tres calificativos elegiré el de misión. Una misión tan especial que en el cálculo de probabilidades digamos que tiene usted a su favor diez probabilidades sobre mil de regresar con vida.

—Diez sobre mil es un porcentaje que de pronto reduce las veinte mil libras de recompensa en pura miseria. Porque, ¿para qué quiero yo atrapar veinte mil libras, si no podré gastarlas?

Pulsó Powers otro botón. En la pantalla desapareció la cartulina, sustituida por una especie de ficha color ocre.

En la esquina superior derecha había dos fotos de frente y perfil del propio visitante.

Debajo de ambas fotos había tres mayúsculas: M.L.I.

—Lo que está escrito lo sabe mejor que yo, Kleber. Le aclararé las mayúsculas. Significan Mercenario Leal con Iniciativa. Si a los dieciocho años obtuvo su primer contrato como mercenario por seis meses en un determinado país africano, con ello demostró su espíritu aventurero, ya que fue a jugarse la piel a diario durante seis meses..., ¿por qué cantidad?

—La suficiente para jugarme la piel a gusto, aunque me engañaron. Me dijeron al enrolarme que se trataba de defender a unos ingenuos selváticos contra una banda de buitres ametralladores. Hasta que me di cuenta que el buitre era el que me había enrolado.

—Me interesaría, si no ve inconveniente, saber qué decisión tomó.

—Apenas le eché la vista encima al buitre, le pedí la anulación del contrato. Se opuso. Hasta que le convencí.

—¿Cómo?

—Seleccioné a otros veinte incautos idealistas, y a punta de metralleta, el buitre aceptó anular el contrato, pagando íntegramente los jornales y el viaje de retorno. Pero todo esto es historia pasada. Me interesa siempre el presente, Powers.

—Supongamos que le diga que aparte la considerable cantidad nada despreciable que suponen veinte mil libras, usted puede hacer un gran bien a la humanidad.

—Así empezó el buitre aquel... «Oye, muchacho, eres muy joven, pero pareces decidido. Además vas a luchar por una causa noble, que beneficia a la humanidad.» En aquel caso se trataba de defender a unos pobres selváticos que hasta entonces habían vivido casi en paz en una región rica en minerales. Esto fue lo que me dijo el buitre. La realidad es que era un fulano a sueldo de un trusts financiero, y nosotros, los mercenarios que él enroló, íbamos a ser unos palomos asesinos, sin saberlo.

Hubo un esbozo de sonrisa en los delgados labios de Alex Powers.

—Yo no soy un buitre. Ni engaño a nadie. Dirijo una revista científica, y con frecuencia preciso de aventureros inteligentes. No tengo inconveniente en revelarle que el hombre que recibió el mismo mensaje que usted, se llamaba Edgar Trevor, y era un cerebro magníficamente constituido.

—Mi cerebro no es de clase superior, pero por lo que acaba de decir, hasta un retrasado mental deduciría que Edgar Trevor murió, ya que habla de él en tiempo pasado.

—Desapareció... Pero si fuese aficionado a las apuestas, jugaría toda mi fortuna contra un chelín, a que Edgar Trevor no sólo murió, sino que debió sufrir una agonía horrible.

CAPITULO II

En la pausa de silencio que siguió tuvo Regis Kleber una corazonada. Sin poderlo razonar, adquirió de pronto el convencimiento de que iba a aceptar la extraña oferta.

Especificó Kleber:

—Sería ofenderle que yo hubiese eludido mencionar el trágico fin de Edgar Trevor, por la sola razón de que usted va a aceptar ir donde fue Trevor, para intentar lograr lo que él no pudo conseguir.

— ¿Por qué supone que voy a aceptar?

—Porque dejando aparte la magnífica recompensa monetaria, se le ofrece la ocasión de vivir una aventura prodigiosa, en un lugar misterioso, donde pocos europeos han logrado llegar. Dígame, Kleber, ¿cree en la existencia de alienígenas, de seres de otros planetas?

—Mientras no se demuestre lo contrario, ¿por qué no?

—Ciertas informaciones no comprobadas permiten suponer la existencia de una base de alienígenas en un *sitio* ignorado de la llamada Tierra de Nadie en las proximidades de Jongka, más allá de Katmandú.

Se encendió un panel de cristal de la mesa. En diversos colores representaba una sección geográfica al Norte de la India.

Destacaban el estado de Nepal y las elevaciones montañosas tibetanas, y la desértica región del Trans-Hima- laya.

Con un largo bolígrafo puntero luminoso apuntó Powers un recuadro.

—Jongka. Como ve, su situación es muy especial. Es considerada una zona ajena a toda influencia. Allí es donde fue Edgar Trevor para nunca mas regresar. Partió hace seis meses, y hace ya dos que carecemos de la menor noticia suya. Mantenía comunicación periódica conmigo. Toda comunicación cesó hace ya dos meses.

—Cabe la posibilidad de que esté preso.

—Por allá no hacen prisioneros. Siga mi puntero, Kleber.

Le indicará la ruta que deberá usted seguir, sí acepta, como espero, mi proposición.

Colocó el largo bolígrafo encima de un trazo azul.

—Este es el Ganges y ésta la ciudad de Patna. Remontando el Ganges, el viajero se interna en el Nepal, camino obligado para llegar a Jongka. Puede también ir en tren hasta el delicioso valle de Katmandú... pero no es recomendable. -¿Por qué?

—Cualquier extranjero que suba en este tren es vigilado con excesiva atención. Bien, demos por supuesto que ha llegado al valle de Katmandú. Entonces se hallará ante la barrera de montañas cuyas alturas oscilan entre los seis y los ocho mil metros. No me diga que se supera fácilmente esta barrera en avión...

—No lo iba a decir, por cuanto si usted no me ofrece este medio rápido de viajar es porque no debe convenir.

—Exacto. No conviene por dos razones. Primera, porque existe un tratado que impide el vuelo sobre el Nepal sin un permiso muy difícil de conseguir. Y segunda, porque un avión tiene que aterrizar y al descender la escalerilla sus viajeros son inmediatamente sometidos a una estrecha vigilancia.

— ¿Cuál es entonces el mejor sistema de iniciar el viaje?

—Llegar normalmente en avión a Benarés, remontar el Ganges, penetrar en el Nepal, y atravesar la cadena montañosa para poder internarse en Jongka... Todo ello queda a su libre iniciativa y talento.

—Gracias. Es un trayecto que ofrece indudablemente muchas ocasiones para demostrar iniciativas.

—Es, en efecto, un viaje difícil. Afortunadamente, no tiene usted aspecto sajón. Su piel es bronceada y además puede usted ser uno de los tantos *hippies* idealistas que van hacia Katmandú en busca de sosiego y paz.

—Sólo que no hallaré ni el sosiego ni nada parecido a paz.

—Bien, es asunto suyo elegir el medio para llegar a Jongka. Comprendo todas las dificultades, pero usted las vencerá, como las venció Edgar Trevor, puesto que su último comunicado dando su situación, la transmitió por su radio portátil desde el

mismo centro del estado de Jongka. Pregunte lo que desee.

— ¿Comunicó Trevor haber visto seres de otros planetas?

—Explícitamente, no. Pero una de sus frases, textual, decía: «He visto seres distintos a nosotros más allá de Katmandú».

Ambos parecieron ensimismarse en la contemplación imaginativa de «seres distintos», hasta que dijo Powers:

—Podría darle una idea del gobierno y costumbres de Jongka, pero personalmente, si llega allá, sus comprobaciones serán prácticas.

—Llegaré. Me gusta la misión. Es más tentadora que cualquier operación por países europeos, africanos o americanos. La civilización llega a fatigar mucho. Beber en clubs nocturnos, mentir, traficar, encerrarse en coches y apartamentos, infectarse con aromas de gasolina y humaredas... Allá, en cambio, tierras casi vírgenes, alturas nevadas, gente salvaje, pero noble en el fondo...

—Ya, ya... Ahora le hablare de la gente noble con la que alternará. Los fanáticos montañeros de sectas hindús que ven enemigos en todo forastero. Los del Nepal, muy celosos de su independencia que siguen aplicando como castigo, torturas refinadas. Y los de Jongka que por lo que dejó entrever Trevor en sus mensajes, son salvajes puros.

—Esto me gusta. Me entiendo muy bien con los puros salvajes.

—En cuestión de gustos, nada hay escrito. Pero cono- cedor por su ficha, de su temple y carácter, le elegí, Kleber. Pasemos ahora a la misión que llevaba Trevor En Jongka hay constantes conspiraciones. Los marajás reinantes en Jongka, si quieren perdurar gobernando, han de dormir con un solo párpado cerrado. Trevor fue elegido porque conocía los dialectos hindús. Y porque era un aventurero con gran cerebro, capaz de llegar hasta La posible base alienígena que ha de estar... Vea de nuevo el mapa, Kleber. Jongka... Varios valles entre altísimas montañas. ¿Se da cuenta?

—Excelentes campos de aterrizaje para cualquier clase de vehículo sea ovni, sea terrícola.

—Exacto. Y para poder descubrir dicha base, era preciso

primero ser bien acogido por los gobernantes de Jongka. Si logra usted llegar allá, corre de mi cuenta indicarle cómo debe iniciar tratos aparentemente comerciales con los gobernantes de Jongka.

—Entonces soy algo así como un viajante de comercio, ¿no?

—Con ribetes de suicida. Hasta ahora, a Jongka sólo ha llegado y de tránsito, sin permanecer mucho tiempo, alguna expedición de científicos más interesada en penetrar en el Tíbet. Nuestro interés radica única y exclusivamente en obtener la influencia suficiente en Jongka, para poder averiguar la localización de la base alienígena.

—¿Cómo comunicaré con usted?

—Le facilitaré una radio sumamente potente y de tamaño mínimo. Si se la encuentran, dispare primero y eche a correr después, porque si le cogen lo empalan. ¿Conoce este método especial? ¿Se lo describo?

—No hace falta. Procuraré que los largos juncos afilados estén lo más alejados posibles de la porción interior de mi anatomía.

—Bien. Irá en avión hasta Benarés. Si llega más allá de Katmandú, entonces le enviaré algunos ayudantes. No tomará el avión hasta la madrugada. Para sus gastos le entregaré dos mil libras. En efectivo. Y ahora, dígame, ¿cómo quiere percibir las veinte mil? Tiene derecho a la mitad ahora, y el resto a su regreso.

—¿Qué haría con diez mil libras, señor? Me resulta imposible gastarlas en una sola noche.

—Puede entregar dicha cantidad a cualquier familiar.

—Tiene mi ficha, señor. Soy huérfano desde los siete años. No es agradable crecer sin afectos, y a veces con el estómago vacío, ansiando pasteles... Creo que partiría muy satisfecho, si un donante anónimo remitiese cinco mil libras a la UNICEF.

Pulsó Powers un botón. Emergió de la mesa un compartimento cuadrado, hermético. Manipuló en varios diales giratorios, y se alzó la tapa de aquella especie de caja fuerte.

Aparecieron, alineados en cajetines, fajos de billetes de Banco de diversas nacionalidades: británicos, americanos, suizos,

rusos...

Colocó ante Kleber un fajo en cuya franja aparecía la cifra 2.000 £.

Recogiéndolos dijo Kleber:

—¿Cuándo habrá terminado mi misión?

—Cuando haya localizado la base alienígena.

—¿Y si en vez de alienígena, resulta ser una infiltración de cualquier potencia terrícola?

—Equivaldrá a haber aclarado este punto. Pero todo señala con casi absoluta certeza una base de seres procedentes de otro planeta.

Empujó Powers hacia Kleber un fajo en cuya franja aparecía la cifra 5.000 £.

—En su hotel, antes de una hora, recibirá el pasaje por avión a Benarés. Y una mochila especial sobaquera para la radio. Bien, mucha suerte, Regis Kleber. Y... si no regresa, ¿qué destino doy a las cinco mil restantes a que tiene derecho, aunque fracase en su misión?

—La sede londinense de la UNICEF dista apenas ocho manzanas de este edificio. Remita mis cinco mil restantes.

—¿Cómo sabe que cumpliré?

—Nadie estafa a niños hambrientos, señor Powers. Adiós o hasta un día u otro.

Regis Kleber se despidió de la civilización, bostezando en el cine, cogiendo dolor de cabeza en una *boite* con las estridencias musicales y compartiendo unas horas con una hermosa cantante, provista de mucha mejor anatomía que voz.

A las seis de la madrugada se encontró a gusto, sentado en un banco de Hyde Park, solo y aspirando el frío aroma primaveral de la cercana alborada.

A las siete de la mañana dormía profundamente en el avión que debía aterrizar en la ciudad santa de Benarés.

CAPITULO III

—Existe un Registro de Extranjeros en el que estaba usted obligado a inscribirse —amonestó severamente el policía.

Vistiendo uniforme blanco y abanicándose con el sa- lacof, miraba recelosamente a Regis Kleber en el vestíbulo de la Posada Real de las Armas.

El caserón había sido en otros tiempos hotel para sargentos coloniales. Ahora vegetaba, albergando en Be- narés a los escasos turistas.

—Llegué ayer al mediodía y estaba muy cansado.

El policía hindú consultó una hoja de la libreta que sacó del bolsillo de su sahariana.

—Procede usted de Londres. Está reseñado como Regis Kleber, de profesión naturalista Supongo que llevará credenciales de algún instituto científico.

Regis Kleber presentó la documentación facilitada por Powers.

En la profesión de naturalista figuraban quehaceres tan ridículos, al parecer, como cazar mariposas rarísimas y pescar pacientemente peces absurdos.

El policía, devolviendo la documentación, manifestó:

—Es su obligación cuando emprenda nuevo viaje hacer constar hacia dónde se dirige. Ahora debe ir al consulado inglés a inscribirse.

—¿Para qué?

— Así, su consulado se hará responsable de sus actos. Muy buenos días.

Kleber subió a su habitación. Los pavimentos de ma- dera en vez de mosaicos, acrecentaban el pegajoso calor.

Empezó a pasear de arriba abajo, reflexionando sobre las instrucciones complementarias que Powers le dio por escrito. Se las sabía de memoria, ya que tuvo que reducir a cenizas los papeles.

Ninguna nación podía enviar misiones oficiales a Jongka bajo ningún pretexto, en evitación de levantar recelos en otras

potencias que se apresurarían a entablar una querella diplomática.

Jongka era considerado un reino totalmente independiente. Su marajá reiteraba constantemente al gobierno de Nueva Delhi que cualquier ingerencia extranjera en sus dominios, bastaría para levantar en armas a sus guerreros y desencadenar la lucha de sectas en la frontera de las Colinas.

Existían en Jongka numerosas facciones rebeldes que se refugiaban en el laberinto montañoso fronterizo.

Paseando por el cuarto, meditaba Kleber que si iba al consulado británico se exponía a ser interrogado por algún naturalista legítimo.

Y él estaba empezando apenas el estudio de la flora y fauna de las Colinas, que así llamaban los naturales a la gran barrera del Himalaya.

Se documentaba en un número extraordinario de la famosa revista *National Geographic Magazine* que, antes, ya era su lectura predilecta por cuanto permitía viajar sentado, por comarcas exóticas, sin necesidad de soportar las molestias del viaje.

Llamaron a la puerta, y asomó la faz del hotelero.

Un inglés que por propia confesión afirmaba que con tal de vivir lejos de la niebla, tanto le daba regentar una posada en Benarés como un abrevadero en Rodesia.

—Perdone, pero el huésped de abajo, el señor Harrison, dice que no puede dormir.

—¿Dormir a las tres de la tarde? Bien, ¿y a mí qué diablos me importa que Harrison no pueda dormir?

—Dice el señor Harrison que si usted derribase algo de una vez, sería preferible a estos paseos continuos que le ponen de mal humor.

—Comunique a su quejicoso dormilón que yo me paseo para digerir, y que si le molesta que se vaya a dormir a otro lado.

—Me permito indicarle que el señor Harrison tiene muy mal genio y...

—Ahueque, amigo. Le permito que indique a Harrison que nos parecemos en esto del genio.

El hotelero puso cara de resignación, y desapareció cerrando suavemente la puerta.

En el cuarto bajo al ocupado por Kleber, un individuo fornido, de rojos cabellos, recios músculos, y rostro curtido de fieros ojos verdes, se revolvía en la cama endoselada con un mosquitero.

Vestía solamente un corto pantalón de piel, y el sudor resbalaba por su atlética anatomía.

—¡Adelante! —gritó impaciente.

El hotelero, al entrar, anunció contrito:

—El señor Kleber dice que pasea para digerir. Le extraña que a las tres se duerma.

—¿Un novato, eh? Ignora que por aquí la siesta es necesaria. ¿Qué clase de fulano es? ¿Un viajante de comercio?

—Un naturalista.

—Aquí no estamos en la selva. Dígaselo así, o tendré que ir yo mismo a avisárselo de otra manera.

—El señor Kleber me dijo que le indicase que él también tiene mal genio. Pero, por favor, señor Harrison... No vaya a formar un escándalo.

Brian Harrison saltó de la cama como un leopardo hambriento.

Con los pies desnudos subió a largas zancadas las escaleras. Golpeó con el puño la habitación ocupada por el naturalista Kleber.

Kleber estudió al pelirrojo semidesnudo que irrumpía en su cuarto

—Supongo que usted es el naturalista.

—Supone bien.

—Soy Brian Harrison y quiero dormir.

—Soy Regis Kleber, y quiero digerir.

Harrison avanzó otro paso más.

Parecía valorar la capacidad física del joven que le contemplaba como si él fuese un pájaro de dudosa clasificación.

—Usted es londinense. Yo casi, casi. Soy irlandés. No me simpatizan los mal educados.

—Entonces tampoco inspirará simpatías.

—Esta maldita tierra húmeda y pegajosa pone nervioso a cualquiera, pero sólo me faltaba usted. Oiga, tengamos la fiesta en paz. Hay por ahí muchos templos y cosas curiosas. Vaya a digerir paseando por las calles, ¿se entera?

—Entérese de que a las tres de la tarde, si me da la gana pasearme por mi habitación, lo hago, y asunto terminado. Ahueque.

—¿Eh? ¿Va conmigo?

la expresión de Harrison era la del matón asombrado.

—¿Con quién, si no? Para que le conste, y por más irlandés que sea, no es usted quién para decirme a mi lo que tenga o no que hacer.

—Oiga, joven. Póngase en guardia, porque le voy a sacudir estopa.

—A ver si puede.

adoptó Kleber una guardia baja, preparados los puños.

Harrison bajó la cabeza, disponiéndose a embestir.

Por la puerta abierta irrumpió precipitadamente el hotelero:

—¡Vienen a buscarle, señor Harrison!

—Ahora no estoy para nadie. Tengo que achatarle las narices a este joven gallito.

—Es el señor Craven...

—¡Al diablo con Craven!

—Es que... dice que han apresado a la señorita Clara Trevor.

Harrison pareció recibir un inesperado puñetazo en la nuca. Encogiéndose, giró sobre sus desnudos tacones, y al atravesar el umbral, volvió la cabeza.

—Ya nos volveremos a ver, compadre. No perderá nada por esperar.

Oyó Kleber los pasos del hotelero trotando tras la larga zancada húmeda de Harrison.

Se quedó rígido. En su subconsciente habían permanecido latentes las palabras del hotelero a las que de momento no

prestó atención.

—Han apresado a la señorita Clara Trevor.

Trevor. Podía tratarse de una coincidencia de ape- llidos.

Se precipitó escaleras abajo. Llegó al vestíbulo con el tiempo justo para ver subir a Harrison a un coche desvencijado. El irlandés se había limitado a calzar unas sandalias y vestir una camisa a cuadros, con los faldones fuera.

Al volante iba un individuo de anchas espaldas y perfil de ave de presa. Sería el llamado Craven.

El coche arrancó con ruidos de molinillo descompuesto.

Regis Kleber se apoyó en el umbral, tendiendo un cigarrillo al hotelero.

—¿Poca clientela, eh?

—Benarés ya no es lo que era. El turismo ha disminuido enormemente. Ya sólo pasan viajeros de comercio, científicos...

—¿Lo son Harrison y su compañero Craven?

—Son cazadores de fieras vivas. Tienen contratos con zoos. Llevan ya dos meses aquí esperando el permiso de las autoridades para entrar en Nepal.

—¿Van a Katmandú?

—Creo que se proponen recorrer las Colinas, donde abundan los animales interesantes.

—Le oí decir que habían apresado a la señorita Trevor.

—¿La conoce?

—No.

—Es una joven maravillosa. Una verdadera dama inglesa. No soy un británico fanático, tal vez porque estoy harto de los fanatismos orientales. Me consta que de cada cien inglesas, hay ochenta bastante feas, pero las veinte restantes son más bonitas que la propia Venus Afrodita. Así es Clara Trevor.

—Si es una dama, ¿por qué la han apresado?

—Será seguramente en el consulado.

—¿El consulado?

—También Clara Trevor lleva meses esperando que le den permiso para internarse por Nepal. Al parecer la quieren repatriar a Inglaterra. Por esto van ahora Harrison y Craven al

consulado británico.

—Esto me recuerda que tengo que ir a inscribirme.

Kleber se internó por las calles de la pintoresca ciudad santa.

El Ganges, flanqueado por gigantescas escaleras fangosas, exhibía en sus peldaños a los peregrinos que venían a sumergirse en el baño purificador.

No estaba Kleber para fijarse en detalles pintorescos, como lo eran ver transitar, junto a un «Cadillac» último modelo, una carreta de bueyes cansinos, y por entre parias casi desnudos desfilan el cortejo suntuoso escoltando a un noble hindú.

Lo que sí había observado en su breve estancia era que las hindúes poseían un extraño encanto. Estrechadas de hombros, de largo busto y ampulosas caderas, el «sari», la túnica de diversos colores, les daba una femineidad deliciosa.

Y aquellas pupilas negras, anchurosas, aterciopeladas...

No era un enamoradizo, pero le gustaban las mujeres en general, y ninguna en particular.

Ante el edificio donde ondeaba la bandera inglesa, ya no montaban guardia los arrogantes «sikh» de las montañas.

Penetró en el amplio vestíbulo. Un nativo uniformado de blanco apareció surgiendo desde detrás de una gran mesa cubierta de expedientes.

—Buenas tardes. ¿Qué desea?

—Inscribirme. Pero antes quisiera ver al cónsul.

—No está. Aunque puede recibirle el agregado. Segunda escalera, a mano izquierda.

En el rellano alto, otro individuo muy similar al que le había recibido, miró interrogante a Kleber.

—Deseo ver al agregado consular.

El funcionario le señaló una puerta abierta. Entró Kleber.

Los ojos felinos de Brian Harrison le taladraron, cuando se detuvo en su paseo de fiera enjaulada.

Sentado al otro extremo de la sala, Lewis Craven contempló con mueca avinagrada al recién llegado.

Kleber señaló el suelo.

Abajo puede haber alguien durmiendo la siesta, Harrison.

Harrison se limitó a emitir un breve bufido, reanudando su

paseo. Craven comentó:

—Este es el naturalista que te buscó camorra, ¿no, Brian?

—Ya me entenderé con este joven imberbe, cuando toque. Oiga, ¿qué hace aquí?

—¿Y usted?

Harrison miró a Craven, como si le tomase por testigo de la insolencia de aquel «joven imberbe».

Craven le produjo a Kleber una impresión más desagradable que Harrison.

De la habitación sobre cuya puerta había un rótulo anunciando: «Agregado Consular», salió un individuo muy atildado que recorrió con la mirada a los tres visitantes.

—Me llamo Regís Kleber, y deseo hablar con usted.

El agregado consular entornó los párpados, como si tratase de hacer memoria, y por fin inquirió:

—¿Llegó usted ayer en el vuelo directo de la Trans- Hind?

—En efecto.

—Hágame el favor de pasar —invitó obsequiosamente el agregado.

Entró Kleber y pestañeó complacido.

Era un obsequio para la vista, la gracia femenina que se sentaba en el lujoso despacho.

Alta, flexible, sin delgadeces, Clara Trevor poseía la lechosa tez de la inglesa bonita, y una constitución armoniosa. Eran exquisitas las blancas manos. Había altivez natural en el cuello erguido, y la postura.

Sus cabellos tenían reflejos cobrizos en su rubia sedosidad. Los labios eran golosos y refinadamente sensuales.

Pero lo que más llamaba la atención en aquel prodigio de mujer, eran los peculiares ojos de un gris verdoso, claro, enigmático.

Dijo el agregado:

—Discúlpeme, señorita Trevor, pero mientras llega el cónsul, me permitirá atender al señor Kleber. Siéntese por favor. Ya teníamos una notificación concerniente a su llegada.

Sentándose pensó Kleber que Powers merecía su apodo de el Pulpo. Sus tentáculos llegaban lejos.

De un archivo extrajo el agregado una carpeta que consultó, mientras Clara Trevor, miraba aburridamente por la alejada ventana que transparentaba las cúpulas picudas de los templos.

Kleber tuvo que hacer un esfuerzo para apartar los ojos de la deleitosa excursión por todo el conjunto estuario de la inglesa.

—Bien, señor Kleber, nuestros informes le acreditan de reputado naturalista y no dudo que obtendremos, de las autoridades correspondientes, el permiso legal para que usted y su personal puedan atravesar la frontera. Le remitiremos a la Posada de las Armas lo antes posible su permiso. ¿De cuántos elementos se compone su expedición?

—No he terminado aún la organización de este punto, pero se lo comunicaré apenas lo sepa.

Una voz de contralto, de graves tonalidades intervino. Clara Trevor, con arrogancia, manifestó:

—No es de mi agrado inmiscuirme en conversaciones ajenas, pero ya que estoy presente y me ha sido forzoso escuchar, presento una protesta contra su falta de tacto.

El agregado respingó mientras ella proseguía como una reina ofendida.

—Yo he permanecido tres meses en Benarés, esperando en vano el permiso para atravesar la frontera del Nepal. Hoy, más que invitarme, me fuerzan a venir aquí, para comunicarme seguramente que debo regresar a Londres...

—Perdón, perdón, pero es el cónsul quien...

Ondeó ella la mano como si aventase un insecto.

—La realidad es que este señor, un recién llegado, obtiene inmediatamente lo que a mi se me niega, siendo como soy la hermana de un valeroso patriota que dio su vida tratando de obtener para Gran Bretaña una zona más de influencia en Asia.

El agregado rebatió con acritud:

—El señor Kleber es un famoso naturalista y sus actividades no pueden originar la menor dificultad a nuestro gobierno, señorita Trevor.

Con lógica muy femenina arguyó ella:

—No veo la razón por la cual el señor Kleber tenga que

penetrar en mis asuntos privados.

Intervino Kleber amoscado:

—Yo no quiero penetrar en nada de nada, y salvo que me funcionen mal los tímpanos fue usted la que se inmiscuyó en mis asuntos.

Ella alzó la redonda barbilla, como si acabase de recibir un alfilerazo. Chispearon sus ojos. Iba a contestar, pero se contuvo con un ademán elocuente.

Daba a entender que los naturalistas eran rústicos carentes de la más elemental galantería.

Se levantó Kleber.

—Gracias. Buenas tardes.

En la antesala pasó de largo sin apenas darse cuenta de la presencia de un desconocido, el cónsul, que era asediado a preguntas por Harrison y Craven.

Regis Kleber tenía varios interrogantes sin resolver.

El principal se refería a la insistencia de Clara Trevor en visitar el lugar donde había perdido la vida el supuesto «valeroso patriota» Edgar Trevor.

¿El lugar? ¿Jongka? ¿La base alienígena?

CAPITULO IV

Al entrar el cónsul, acompañado por Harrison y Craven, atacó Clara Trevor, sin rodeos:

—No me marcharé si no es a la fuerza. Ya conozco sobradamente sus argumentos. Una mujer no debe ir a Jongka, y sería disparatado pretender vengar a mi hermano. Usted mismo dijo que la muerte de Edgar Trevor sigue siendo un misterio impenetrable. y que buscar a sus asesinos sería lo mismo que intentar hallar un alfiler en un pajar.

—Y vuelvo a repetirle que...

—No hay ley humana que me impida querer vengar la muerte de mi hermano.

—Pero yo no puedo consentir que una mujer vaya a una

muerte segura, y por esta razón me niego a darle el permiso.

Señaló ella a Harrison y a Craven como debió tender la mano la reina Isabel primera hacia sus almirantes;

—Estos señores son mi escolta. Han de recorrer las Colinas. Son expertos tiradores y han pertenecido a los comandos de choque de la ONU. Me ofrecieron su ayuda. No soy, pues, una mujer sola y caprichosa.

—Lo lamento mucho, pero usted ha de regresar a Londres.

Levantándose, se irguió aún más Clara Trevor.

—¿Es su última palabra?

—Así es.

—Bien. ¿Debo considerarme prisionera o se me concede el derecho de regresar a mi bungalow?

—Por favor... Yo me limito a decirle que pasado mañana deberá usted embarcar en el avión rumbo a Londres. Comprendo su legítimo dolor, y rendimos homenaje a la memoria de sir Edgar Trevor, pero...

—Adiós, señor.

Salió ella, seguida por Harrison y Craven.

En la calle, esperaba el «Daimler» propiedad de la rica heredera del baronet Edgar Trevor.

Ordenó:

—Suban conmigo.

Harrison y Craven, ex combatientes mercenarios por latitudes indonesias, respetaban ya muy pocas cosas en el mundo.

Pero no podían evitar sentirse dominados por Clara Trevor.

Tras el volante, condujo ella con maestría a través de las calles mal pavimentadas, hasta que pisó a fondo el acelerador por la cinta asfaltada que conducía al barrio residencial.

Eran muchos los bungalows cuya construcción recordaba los *cottage* de la campiña inglesa y que ahora resultaba fácil alquilar, como el que había pertenecido a un comerciante británico y que usufructuaba Clara

Trevor desde su llegada a Benarés.

En el amplio living que daba a una panorámica de las

Colinas por un lado y del Ganges por el otro, en la casa cercada de jardín, Clara Trevor se dirigió al mueble-bar.

Se preparó un combinado mientras señalaba el frasco de whisky a los dos cazadores.

Bebió un sorbo antes de anunciar:

—Señores... He decidido que, como sea, hemos de secuestrar al naturalista Kleber.

Ninguno de los dos aventureros manifestó la menor sorpresa.

Sabían el ferviente interés de ella por llegar a Jongka.

Harrison se limitó a agitar levemente los cubitos de hielo en el líquido ambarino, mientras Craven replicaba:

—Brian y yo hemos comentado algo parecido, pero con una variante. Escuché lo que decía el agregado y

Kleber obtendrá su permiso muy pronto.

—Este permiso lo quiero. ¿Qué variante cabe? No me detendré ante ningún obstáculo. Quiero vengar a mi hermano y no puedo pararme por consideraciones de orden moral. Necesito el permiso que le van a dar a Kleber.

—Cogerle la documentación a Kleber no ofrece ninguna dificultad —aseguró Craven—. Pero debemos pensar en el futuro. En la frontera pueden surgir contratiempos.

—No es una excursión de placer ésta, a que les he invitado, ya que seguíamos el mismo camino hacia las Colinas. Yo soy buena tiradora, y no titubearé, si es preciso, en abrirme paso a tiros hasta conseguir mi propósito.

—La pólvora ha sido el material que mi amigo y yo hemos desperdiciado años y años por distintas comarcas. Después, cazando fieras, aprendimos a escatimarla, y emplearla solamente como último recurso. Esto es lo que ahora pretendemos.

—Les he prometido tres mil libras a cada uno si consiguen hacerme llegar a Jongka. Y quedó convenido que yo dirigiría la expedición.

Expuso Harrison:

—Nos limitamos a ofrecerle un medio mejor de llegar a Jongka. El permiso que dará paso libre hasta Katmandú a Kleber, especifica la misma libertad para todos los

componentes de su expedición.

Indignada exclamó ella:

—¿Pretende acaso insinuar que vaya yo a suplicar al naturalista que por favor consienta que nosotros viajemos con él?

—Pretendemos afirmar que contando con Kleber, allanaríamos muchas dificultades. Yo comprendo muy bien que lady Trevor no quiera rebajarse a pedir plaza en la caravana de Kleber, pero ¿no estábamos de acuerdo en que usted vestiría «sari» y velo para no llamar la atención? —Sí. ¿Y qué?

—Usted aparentará ser una hindú, ¿no es así? Craven y yo hablaremos con Kleber. Usted no tendrá que pedir ningún favor. Craven y yo sabemos manejar a tipos como Kleber. Hemos domado a otros muchos más duros de pelar. Déjenos intentarlo y si fracasamos, entonces usted manda. Si es preciso, quitamos de en medio a Kleber.

—¡No dije esto! La vida de un naturalista no es lo mismo que la de un bandido de las montañas. En fin, inténtenlo. Aquí aguardo el resultado. Cojan mi coche. Regresarán antes.

En la carretera, conduciendo, masculló Craven:

—Esta damisela tiene muchas ínfulas, Brian.

—Le durarán hasta Jongka, viejo. ¿A nosotros qué nos importa hacernos por ahora los blandengues respetuosos? Vamos a lo nuestro, viejo. Ahora mismo me daría un gusto loco romperle la cara y las costillas al naturalista. Y en vez de esto tendré que sonreír como los javaneses. ¿Te acuerdas cómo sonreían antes de degollar a un prisionero?

—Ya... El naturalista es demasiado joven para haber podido ver esta clase de sonrisas.

Permanecieron en silencio un lapso de tiempo. Inmersos en evocaciones de su accidentado pasado de soldados de fortuna, enrolándose en cualquier conflicto que supusiera la posibilidad de rapiñas.

Desde el sur de África, a los Estados Árabes, fugándose por el Indico hasta nueva Guinea, participando en la sanguinaria guerrilla de las islas de Java y Borneo, para recorrer varias otras islas en Malasia, hasta llegar a la India, los mercenarios

Harrison y Craven habían quemado mucha pólvora, sin hallar nunca el botín soñado.

Ahora creían por fin hallarse cerca de su objetivo: la gran fortuna. La riqueza sin límites.

Rezongó de pronto Craven:

—¿Estás seguro que ella no sospecha nada de lo que nos traemos entre manos, Brian?

—En absoluto. Ella es una cándida. Tan novata como el naturalista Kleber. Cuando se den cuenta, ya será tarde, y entonces, los que dictaremos órdenes seremos nosotros.

CAPITULO V

Regis Kleber hizo una exploración por los bazares y lugares típicos. Cuando a atardecer entró en el vestíbulo de la posada, miró desconfiado a los dos hombres que sonrientes se le acercaban.

—Estilo campechano, viejo —había aconsejado Harrison—. La táctica número tres. Apabulla con aparentes verdades y te ganarás el aprecio de los jóvenes intérpretes.

—Oiga, Kleber, le estábamos esperando. Este es Lewis Craven, ex cabo instructor de comandos de la ONU en Malasia. Yo fui sargento. Somos bruscos y ásperos como el papel de lija, porque matar para no morir, no afina precisamente los modales.

—Muy interesante. ¿Pero a m qué me importa? —replicó Kleber poco amablemente.

No le gustaban aquellos dos mercenarios.

Rió Harrison:

—Claro y recto, ¿eh, viejo? Este muchacho es de los duros. Los prefiero así. Voy al grano, Kleber. A éste y a mí nos interesa meternos en el Nepal, y por esta razón me ve delante suyo, meneando el rabo como un perro hambriento y bueno, aunque me pican los nudillos con ganas de darle en las narices.

Aquella sabia «veteranía» de Harrison hizo sonreír a Kleber.

—Adelante con el disco, irlandés.

—Nosotros tenemos que conseguir antes de fin de año una redada de ejemplares del Himalaya, para el zoo de Hamburgo. Hace un mes, Clara Trevor nos ofreció tres mil libras esterlinas por barba, si la servíamos de escolta hasta más allá de Katmandú. Aceptamos, y ella nos manda porque para esto paga.

—¿También busca ella fieras?

—Quiere vengar a su hermano. Un gesto romántico y absurdo, pero no somos jueces. El caso es que Craven aplicó la oreja a la puerta y oyó lo que le decía el agregado.

—Y quieren venir conmigo, porque en el permiso puedo incluir a los componentes de mi expedición.

—Cabal.

—¡Ajá!

—¿Y a ella también?

—Naturalmente. O adiós las tres mil por barba.

—Escuchen, veteranos. Tendré ya bastantes problemas con los naturales, sin contar con las mariposas huidizas, los pájaros diminutos y las florecillas por los abismos. ¿Por qué, encima, voy a buscarme líos con las autoridades británicas?

—Porque ella es una mujer sola llevada de un impulso romántico muy respetable y usted es un inglés decente.

—¿Y qué?

Intervino Craven:

—Que un buen británico defiende siempre a una mujer sola.

Kleber rió mirando fijamente a Craven:

—Antes de ser cabo mercenario y cazador de fieras vivas, ¿fue acaso charlatán de feria? Bien, me han convencido. Total, una vez pasada la frontera no va a haber ningún consulado inglés que nos ayude ni incordie.

—Gracias, Kleber. Oiga, ¿tendría inconveniente en venir a tomar una copa con Clara Trevor? Estará muy contenta al saber que nos ofrece su ayuda.

—Vamos allá.

—No le haga mucho caso. Es endiabladamente orgulloso, pero hay que perdonárselo en vista de que su intención es noble. Siendo como es una ricachona no tendría por qué arriesgar su bonita piel. Hoy en día no abunda este romanticismo.

En el «Daimler» y cuando llegaban al recodo de la carretera que pasaba ante el bungalow de Clara Trevor, señaló hacia el jardín.

—Y éstos, ¿quiénes son? ¿No me dijeron que ésta era la residencia de Clara Trevor?

En el jardín había tres policías hindúes.

Otro golpeaba con fuerza contra la puerta cerrada.

Saltaron del coche los tres mercados.

Los policías acudieron a su encuentro. El de la puerta abandonó sus inútiles llamadas.

Agresivamente inquirió Harrison:

—¿Qué pasa aquí?

—Tenemos orden de llevar custodiada a la señorita Trevor hasta el aeropuerto.

Craven comentó suavemente:

—¿Oíste, viejo? tres mil libras que se nos evaporan.

De pronto, sin previo aviso, los dos se convirtieron en torbellinos, diestros y ejercitados en toda clase de pelea desleal.

Harrison asió por el cuello a un policía empleándolo como asidero de propulsión para asestar un puntapié a otro.

Craven introdujo el índice en el ojo del cabo, y volviéndose asió la muñeca del otro que iba a desenfundar su pistola.

No logró sacarla de la funda. Se encontró cabalgando sobre el hombro de Craven antes de describir un arco en el aire, para ir a aterrizar de espaldas sobre el suelo, donde su cabeza repercutió sonoramente.

El policía que se frotaba el ojo gimiendo, recibió un puñetazo en el estómago, un rodillazo en la mandíbula y un golpe de canto de mano en la nuez, que acabó de convertirle en inmóvil estatua yacente.

Harrison, con parecidos procedimientos, se había desembarazado de los otros dos, atacados tan alevosa como contundentemente.

Kleber admiró, como experto, el hábil manejo de los dos ex combatientes de cualquier causa.

Pero comentó señalando los cuatro cuerpos sin sentido desperdigados por el jardín:

—Ya está, ¿no? Todo solucionado. Han dejado *groggys* a estos cuatro funcionarios. Y ¿ahora, qué? Vendrán otros, con más malas intenciones.

Clara Trevor abrió la puerta, apareciendo. Se veía que admiraba la destreza combativa de los dos que eligió por escolta, y que casi consideraba un apocado naturalista a Kleber.

Harrison manifestó:

—Amárralos bien, viejo. Los llevaremos a la bodega, cerrando bien la puerta y toda posible salida. Señorita Trevor, el amigo Kleber consiente en proporcionarnos el paso de la frontera.

—¿Debo darle las gracias, señor Kleber? —inquirió ella.

—Lo de señor, sobra. Y lo que creo que debe hacer, es abandonar cuanto antes este *bungalow* si no quiere ir amanillada a Londres.

Harrison acababa de cargarse al hombro a un policía. Llevaba a otro bajo el brazo. Y caminaba con fácil zancada.

Craven se inclinó para coger de un tobillo a otro, y arrastrándolo, dijo:

—Le ofrecimos en su nombre, a Kleber, una copa, señorita.

Ella volvió a entrar.

Regis Kleber decidió mentalmente, mientras pasaba al vestíbulo, que las prefería menos asombrosamente guapas, pero más simpáticas.

Preguntó ella desdeñosamente:

—¿Whisky, jerez o combinado?

—Una sonrisa.

—No conozco este cóctel.

—Es sencillo. Se compone de ternura humana, amabilidad cordial, y basta con arquear los labios y dejar reír los ojos.

Clara Trevor arqueó las cejas y en sus magníficas pupilas destelló una chispa de buen humor.

—Bien, Kleber. Me ha ganado. Tengo el suficiente sentido deportivo para comprender que a ratos soy odiosamente antipática. Pero se debe a estos tres meses exasperantes, esperando..., lo más increíble..., el permiso para poder dar su merecido a los asesinos de m. hermano Edgar.

—Sonriendo y hablando así, esclaviza.

Volvió ella a recuperar su talante altivo y reservado.

Regresaban Harrison y Craven.

—Están encerrados a buen recaudo. Es ya de noche

Creo que lo conveniente sería dirigirnos lo antes posible al Norte, señorita.

—De acuerdo. Ya que Kleber nos ofrece su ayuda, podré exponerle nuestro plan de preparativos. ¿Tiene usted caravana propia, Kleber?

—No.

—Entonces, le recomiendo la nuestra. Yo misma elegí al jefe gurka. Se llama Racka y conoce todos los caminos que conducen a Jongka. Tiene dispuestos todos los elementos: armas, recua de mulos, elefantes y provisiones.

— ¿Aquí en Benarés?

—No, no. En un poblado distante dos kilómetros de la frontera. El poblado se llama Motihari. El y los demás portadores suman siete, más nosotros tres, hace un total de diez personas, que puede usted incluir en su pase de frontera y de libre viaje por el Nepal.

— ¿También ellos dos piensan llegar a Jongka? —y señaló Kleber a los otros dos mercenarios.

—Se quedarán en las estribaciones del Himalaya. Yo seguiré adelante internándome en Jongka. Podemos ya

Ponernos en camino y le esperaremos en Motihari, Kleber. No podremos seguir el camino normal, por si están vigiladas las carreteras y por esta razón no llegaremos a Motihari hasta dentro de... ¿de cuánto, Harrison?

—Aprovechando bien las horas, tardaremos dos días.

— ¿Algún inconveniente, Kleber?

—Me pasan sus dotes de organizadora, pero me da la impresión de ir a remolque y no me gusta. Echaré un vistazo a la caravana del gurka Racka y en Motihari nos encontraremos. Hasta entonces. Suerte.

Cuando se hubo ido Kleber aceptando la oferta del viejo coche de los dos mercenarios, comentó ella:

—Me parece hombre de poco temple. No movió un dedo mientras ustedes peleaban.

—No se le pueden pedir instintos agresivos ni actos heroicos a un muchacho que se dedica a estudiar mariposas y peces.

—Bien, vayan preparando el equipaje. Tendremos que ir a caballo. Y los policías...

—No se morirán. Tienen vino y frutas al alcance de la boca.

—Cuando hayamos atravesado la frontera, telefonearé para que acudan a liberarlos.

—Será difícil, porque no creo que por allá existan teléfonos públicos y llamaríamos la atención yendo en busca de un teléfono oficial. Crea a un veterano. Cuando transcurran las horas sin que en el aeropuerto hayan notificado la presencia de lady Trevor, vendrán aquí y lo registrarán todo, liberando así a estos cuatro entrometidos.

Preparando las mochilas, se aseguró Harrison de que Clara Trevor se hallaba haciendo lo mismo en la habitación alejada del garaje en que se encontraban.

Comentó:

—Todo a pedir de boca, viejo. Ninguno de los dos se da cuenta de que nos están sirviendo de pantalla. Ni Kleber ni la presumida lady.

Craven desdobló lentamente un papel satinado que extendió sobre la mesa de herramientas.

Una hoja del Illustrated News que representaba un ídolo dibujado por un explorador fallecido recientemente.

Bajo la foto la leyenda decía:

«Única reproducción obtenida del ídolo del templo

budista de Jongka. La cabeza de oro macizo, tiene incrustada una corona de esmeraldas. El cabello lo forman láminas de platino. Los ojos son dos gigantescos rubíes. Venerado por los nativos de Jongka, se calcula que este extraño ídolo posee la cabeza más valiosa del mundo. Tanto las esmeraldas como los rubíes son gemas purísimas que tendrían un precio astronómico en el mercado joyero.»

—Quémalo, viejo. Ya hemos adorado demasiado a este ídolo. Ahora, lo veremos pronto de frente. Bien ha valido tres años de espera, y al menos ahora nos jugamos la vida, pero por un botín único. Mal tasado, entre los kilos de oro, platino, y las esmeraldas con los rubíes, supondrá para cada uno cerca de los diez millones de libras.

Asintió Craven relucientes los ojillos.

—Y lo más gracioso será que cuando divisemos Jongka, nos haremos de rogar, pero al final ella nos convencerá y la

acompañaremos. El naturalista se quedará a cazar mariposas de colores por Katmandú.

— ¿Por qué estás tan seguro?

—El muchacho tiene aspecto de hippy en busca de un ideal. Todo va bien, viejo. Hazte cuenta que ya tenemos en la mochila esta cabeza.

Y Craven aplicó la llamita del encendedor a la hoja satinada que comenzó a arrugarse, ennegreciéndose.

—Estoy pensando en otra cabeza, viejo

—Murmuró Harrison.

— ¿En la preciosa lady?

—No. En la de Kleber.

—¿Qué pasa con su cabeza?

—Yo siempre me figuré a los naturalistas, viejos y con antiparras de cristales gruesos. No sé por qué, pero así es.

—Tópicos manidos. El profesor de griego que murió desollado en aquel arrecife de Borneo, ya viste... Parecía un niño, y sabía seis idiomas.

—Ya, pero este Kleber me da una impresión extraña. Como si fuese un ametrallador endurecido. Su mirada es dura y calmosa. No te confíes mucho. Este muchacho no es un blandengue.

—Gallos más encrespados hemos desplumado. Lo que importa es que nos deje atravesar la frontera, y si en el Nepal se pone otra vez quisquilloso, déjalo de mi cuenta. Me lo agradecerán las mariposas y los pajaritos.

—Bien, vamos a ensillar los jamelgos. Y no te olvides de lo convenido. Sigue fingiendo respeto con ella. Te encandilas demasiado mirándola. Piensa solamente | que no es una mujer, sino tres mil libras seguras. Y esta muchacha es de las que se encabritan si las desnudan con la vista. No vayamos a echarlo todo a perder.

—Es que es tan preciosa, y debe ser succulenta...

— ¡Dúchate, caray! Y piensa que es más, mucho más preciosa, la cabeza que nos interesa. Viaja con esta idea siempre en el seso, viejo... La cabeza. La cabeza que nos aguarda en Jongka.

CAPITULO VI

Regis Kleber solicitó que le extendieran el permiso para una caravana de diez componentes que reclutaría más al norte.

Montó en el camión que hacía las veces de autocar hacia los poblados fronterizos del Norte. Calzaba recias botas de flexible piel. Un pantalón de ante y piel, con una sahariana de hilo completaban su atavío.

Unas correas sostenían a su espalda la mochila, y cubría su cabeza con el salacot clásico.

Fueron desfilando pantanos y llanuras fangosas, mientras trataba de irse acostumbrando a la dureza del madero tendido a lo largo de la caja posterior del camión.

La lona, a modo de toldo, resguardaba del sol hiriente. Viajaban cinco personas más. Cuatro de ellas, hindús. Le miraron al principio con indiferencia. Después, parecían ignorarle por completo.

El quinto pasajero tenía algo indefinible que alertó a Kleber. Podía tratarse de uno de los muy variados tipos de razas nómadas, casi desconocidas, extinguiéndose al norte, más allá de Katmandú.

Sus rasgos eran mongólicos. Su llegada había sido precipitada. Subió corriendo cuando el camión estaba a punto de arrancar.

Vestía de dril blanco, y ostentaba la clásica impavidez del oriental. Sus oblicuos ojos deslizaban a veces miradas hacia el inglés.

Miradas furtivas y cautelosas.

Molesto por el sol, entornó Kleber los párpados y como se respaldaba en la mochila, dormitó.

Al despejarse su somnolencia, tuvo conciencia de que habíase amodorrado largo tiempo, abrumado por la monotonía del árido paisaje.

Estaba solo con el oriental sospechoso. El camión seguía remontando, al parecer, por la misma y constante llanura.

El oriental sonrió amablemente.

—Estamos ya en los llanos de Motihari —dijo en perfecto inglés.

— ¿Falta mucho?

—Media hora apenas. Me llamo Sun Leng.

Su tono era meloso, pero al declarar su identidad, espió la reacción en el rostro de Kleber que siguió impasible.

El nombre de Sun Leng no significaba nada para él.

Lo que sí tenía significado para él, era que la diestra del llamado Sun Leng se mantenía entre las solapas, reposando en el botón abrochado.

Con sonrisa cordial, añadió Sun Leng:

—Usted no es periodista.

—No lo soy.

—Ni policía, ya que el chófer me ha dicho que usted pagó pasaje.

—Lo que el chófer no le habrá dicho es que no me gusta que fisgoneen a mis espaldas.

Sun Leng fue de pronto un civilizado asiático pesaroso a quien acaban de reprocharle una falta de cortesía. Su rostro muy enjuto expresó contricción.

—Mil perdones, pero soy Sun Leng.

—Por mí, como si fuera usted el propio Confucio...

—Permita.

Y Sun Leng retirando la mano de su pechera, buscó en un bolsillo extrayendo un periódico doblado, que abrió, para volverlo a doblar en una columna.

—Ruego lea.

Las dos palabras en su laconismo recordaban el estilo de hablar chino, al emplear un idioma no habitual en ellos.

Cogió Kleber el periódico, editado en Calcuta, en inglés.

Leyó el titular:

«Sun Leng nuevamente fugitivo».

«Nana Kosi, su cómplice, será ejecutada en Motihari.»

«Tras la fracasada rebelión en las estepas, al norte de Katmandú, el audaz revolucionario Sun Leng logró escapar de nuevo.»

«La situación ha sido dominada, y es inminente la captura de

Sun Leng, cuyas teorías activas de proselitismo tibetano pretenden soliviantar los ánimos de las tribus nortañas, más allá de Katmandú.»

Devolvió Kleber el periódico.

— ¿En qué consisten estas teorías activas tibetanas, Sun Leng?

—Usted es inglés. Y nosotros les producimos algo similar al desprecio. —Error. Por lo menos yo, no puedo despreciar aquello que ignoro.

—Digamos entonces que les parecemos algo así como diablillos traviosos, tal vez algo sanguinarios, pero nuestro propósito es que la humanidad viva en paz.

— ¿Por qué creyó que yo podía ser policía o periodista?

—Acudirán muchos a presenciar la ejecución de Nana Kosi en Motihari. A mí me buscan por todos sitios, pero no se les ocurrirá pensar que voy a Motihari. Tengo que hacer lo imposible, pero no ejecutarán a Nana Kosi.

—Un sentimiento que le honra, Sun Leng. No hay que dejar nunca en la estacada al amigo verdadero. —Nana Kosi es una mujer. Es mi adepta más fiel, mi primera conversa. Cuando empecé a pregonar mi verdad por las Estepas del Hambre, ella me siguió. — ¿Y cuál es su verdad, Sun?

—Aniquilar la ambición codiciosa, desear lo que ya posee, nunca guerrear, y que cada familia cultive su huerto, ordeñe sus vacas y cabras, siembre su trigo, a sus vestiduras, y, suprimidos los privilegios, la fea envidia desaparecerá del mundo.

—Utopías, Sun.

—La naturaleza es nuestra madre eterna. Lo hemos olvidado. No deben existir tribus, sino una gran familia unida, y así cesarán las guerras.

—Usted dice que va a Motihari para intentar salvar a Nana Kosi. No lo conseguirá predicando paz y amor, ¿verdad?

—La providencia, suerte o destino, me ayudará. Nana

Kosi es pura, inocente. Los fanáticos nortños que no me quieren escuchar, la torturarán implacablemente. Pero ella no puede ni debe morir.

—Que tenga suerte, Sun. ¿Por qué ha tenido confianza en mí?

—Pese a su semblante ceñudo, usted en el fondo es un idealista.

—No me diga que es faquir.

—Leí en sus ojos mientras me escuchaba. Usted no es un fanático. Usted comparte mi idea.

—Alto, amigo. Yo, en todo caso, comparto su propósito de libertar a Nana Kosi. Nada más. Respeto todas las ideas, pero me abstengo de meditar demasiado en teorías. De todos modos, le repito que de veras le deseo suerte.

Tendió el brazo Sun Leng.

—Motihari.

Las llanuras fangosas quedaban atrás. Una vegetación exuberante verdeaba en aquel altonazo.

Escalonadas, se divisaban unas terrazas con casas de una planta, construidas en madera, y muchas de ellas, de juncos.

Las terrazas iban decreciendo. Una gran explanada, rodeada de templos, se abría al final de la carretera por la que se acercaba el camión.

El camión se detuvo bruscamente ante las señales de dos individuos, con gorro de piel y larga túnica de vellones de cordero, que parecían pastores.

Pero llevaban cartucheras cruzadas ante el pecho y un fusil en la diestra, que agitaban imperativamente en el centro de la carretera.

Kleber dejó de mirar la explanada y los dos pastores fusileros.

Pestañeó.

Sun Leng había desaparecido.

El conductor, apeándose, mostraba su documentación.

Bajó también Kleber exhibiendo los sellados del salvoconducto. Uno de los guardianes ojeó el permiso especial. Hizo después una seña con el fusil mostrando la explanada.

Era el tercer día desde su llegada a Benarés, y aún recordaba Kleber el aullante zumbido de los reactores del avión.

Pero ahora, en Motihari, parecía como si de pronto acabase

de entrar en un mundo distinto.

En la explanada se aglomeraba la más abigarrada humanidad imaginable. Vestían como pastores en su mayoría. Muchos rostros tenían una natural expresión hosca, siniestra.

Pero ni los abrevaderos donde bebían cabras, mulos y personas, ni los faquires sentados en estática postura, le llamaban la atención.

Lo que le tenía como fascinado era algo increíble. En el centro de la explanada había un estrado, y sobre éste un ser humano adoptaba una postura difícil. La postura a la que le obligaba la «T» de madera en cuyo barrote horizontal tenía apresados el cuello y las muñecas.

Caminó hacia el estrado atraído por un impulso de furor.

Porque aquel ser atado y expuesto a todas las miradas, era una mujer. Una mujer que tendría apenas veinte años, y cuyos negros ojos luminosos parecían los de una tímida gacela cogida en un cepo.

En el remate del madero vertical había una pancarta con garabatos que no pudo entender.

Tenía los nervios bien controlados. Por esto apenas se movió cuando, a sus espaldas, la chirriante voz de Lewis Craven tradujo:

—La pancarta dice: «Esta es Nana Kosi, la impura». Naturalmente, la llaman impura porque es de otra religión y vino a predicar ideas peligrosas como, por ejemplo, que las joyas de los marajás y príncipes fueran convertidas en panecillos con mantequilla para los numerosos hambrientos menores de doce años.

CAPITULO VII

Regis Kleber giró sobre sus tacones.

— ¿No dijeron que tardarían más que yo en llegar?

— Clara Trevor y Harrison llegarán mañana al anochecer.

Ella me envió para que yo le presentase al gurka.

— No había más que un camión autocar hacia Motihari.

— Viajé por la noche en mi cacharro. Por aquí ya me conocen y puedo serle útil.

Maquinalmente volvió Kleber a mirar a Nana Kosi. Miró después en derredor, y por fin a Craven:

— ¿Usted es también irlandés?

— Escocés.

— Creo recordar que para convencerme mencionó que un inglés no permite que una mujer sola, sea importunada. Creo que esta condición es elemental y básica en cualquier hombre que lo sea.

— Indudable.

— Ya... Y esta muchacha, ¿es que acaso no es una mujer?

— Yo no soy el que la juzgó, Kleber. Además, es tibetana y son asuntos en los que un extranjero no debe meter las narices.

— ¿Cuándo es la ejecución?

— Aquí son aficionados a la muerte muy lenta. Esta muchacha fue metida en el cepo esta mañana. La tendrán así hasta pasado mañana. Por la noche prenderán fuego al estrado. Un fuego muy lento, claro.

Señaló Craven hacia la ladera.

— Allí, en la terraza tercera, hay un bazar regentado por un irlandés. Tiene cuatro habitaciones, limpias. Allí se reunirán con nosotros Clara Trevor y Harrison.

No quiso Kleber volver a mirar hacia el estrado.

Empezó a andar junto a Craven que agregaba:

— Racka y los demás están en una hondonada, esperando, más cerca de la frontera... ¿Qué pasa, Kleber?

Tras chasquear los dedos, expuso Kleber:

— Me pidieron ayuda para Clara Trevor, y acepté. Bien... Les

he visto pelear, y estoy seguro que nosotros tres podemos evitar que torturen a Nana Kosi.

—Conmigo no cuente. No estoy tan loco como para meterme en esto.

—Entonces, yo debo estar loco. Si continuase el viaje dejando atrás a esta muchacha, para que la asen a fuego lento, me parecería que ya no sería digno de considerarme humano.

—Si en cada poblado que pasa pretende evitar estos espectáculos populares, más vale que lleve consigo una ambulancia y un tanque. La ambulancia para recoger a los expuestos en picota y los heridos en la trifulca. El tanque para tener una mínima posibilidad de escape. Esta es la casa del irlandés.

Después de la comida, salió Craven para regresar con dos caballos ensillados, deteniéndose ante la galería de la casa.

Kleber seguía mirando hacia el lejano estrado, diminuto en el centro de la enorme explanada.

Al atardecer llegaron a la hondonada donde un hindú de alta estatura acudió al desmontar ellos.

—Este es el gurka Racka, el mejor guía del Nepal.

Fue Kleber observando a los restantes hindús, y la recua de mulos repletas de alforjas. Levantó una de las lonas que cubrían una alforja.

Un rifle provisto de anteojo telescópico, último modelo estaba encima de cananas con municiones y redes. En otra alforja, vio una metralleta.

Pestañeó Kleber cuando se elevó cerca de él una masa informe.

Un elefante, sobre cuyo lomo había una especie de sillón endoselado. El paquidermo se había levantado, hostigado por Racka.

Explicó Craven:

—Es la montura para Clara Trevor. Un animal ligero pese a sus toneladas, y desde su lomo se caza adorablemente, cuando el caso lo requiere, por ejemplo, con los tigres de Bengala.

—¿Acostumbra usted a cazar tigres a ráfagas de metralleta?

—Hombre, no. Es arma para último recurso y contra

hombres, si es que así pueden calificarse los bandidos salvajes que pululan más allá de Katmandú.

— ¿No consideró peligroso dejar a esta gente sola aquí con todo este armamento?

—Lo peligroso habría sido dejarlo en Motihari. El gurka juró fidelidad a Clara Trevor. Es descendiente de un guía de las fuerzas británicas, y es de toda confianza. ¿Qué opina de la caravana?

—Parece apta.

—No lo dude. Es de lo mejor.

De regreso a Motihari, pensaba Kleber en Sun Leng y Nana Kosi. Dos ilusos, dos atormentados pensadores idealistas.

El día siguiente trató de pasarlo abismándose en la lectura de su manual de naturalista.

No volvió a mirar hacia la explanada, cuando al amanecer vio que Nana Kosi seguía en la picota.

A media tarde, oyó el áspero vozarrón de Brian Harrison.

Saliendo a la galería le fue difícil reconocer a Clara Trevor.

Se había maquillado con ocre oscuro y una tupida peluca negra, aceitosa, cubría sus rubios cabellos.

Vestía la túnica «sari» blanco y plata, calzaba sandalias, y un velo azul colgaba de su hombro derecho.

Expuso ella:

—Este disfraz era necesario, al menos hasta haber atravesado la frontera. Cuando quiera, Kleber, nos pondremos en marcha.

Kleber se adosó a la fachada de madera, insertos lo: pulgares en el cinto de su pantalón.

—Esta noche tengo una tarea pendiente. No me pregunte de qué se trata, ya que seguramente me consideraría un chiflado, cosa bastante posible. Si me asomo mañana al amanecer, seguiremos adelante. Si no, pueden ya viajar libremente por sus propios medios.

Protestó ella:

— ¡Esto no fue lo convenido!

Intervino Craven:

—No diría de veras aquello, Kleber...

—Ustedes ya se han hecho cargo de que vamos a dejar atrás lo que se llama normalidad. Están dispuestos a llegar a sus respectivos objetivos, sea como sea, pasando por encima de quien sea. Yo, también. Pero hoy me he leído varios periódicos de Benarés y Nueva Delhi. Y el resto de civilización que me queda no me consiente seguir adelante, si no hago antes lo que ya me he propuesto.

Aclaró Craven:

—Se refiere a Nana Kosi, la tibetana que van a quemar. El naturalista se ha propuesto salvarla de la hoguera.

Clara Trevor rió irónicamente.

—No le suponía capaz de valientes romanticismos, Kleber. Reflexione, y no se comporte como un niño. Usted es un científico, y por lo tanto, su credo son las matemáticas. Aparte de todas las probabilidades en contra, hay un factor eminentemente positivo. ¿Qué significa para usted esta desconocida?

—Antes de ofrecerle mi permiso de pase de frontera, también usted era una perfecta desconocida para mí.

— ¡Yo soy inglesa! No compare, por favor.

—Sin favor, ya que acaba de decir algo odioso, jovencita. Blanca, negra o colorada, Nada Kosi y usted, son mujeres, y a mí los discriminadores raciales me revientan.

— ¡Yo no discrimino, yo pretendía solamente hacerle Comprender que es absurdo su intento!

Intervino Harrison apaciguador:

—Oiga, Kleber, no sea caprichoso que estamos en un horno que no admite buñuelos reventones.

—Si es caprichoso querer salvar de una muerte horrible a una criatura humana, cuyo único delito es predicar paz y desear que no existan guerras de tribus, entonces soy el fulano más caprichoso del mundo entero, y además...

Tendió de pronto el índice derecho.

—No, Craven, veterano de mil y un buñuelos. Le han relucido los ojillos... Ha pensado meterle mano a mi permiso de pase, ¿no? Quietos los dos donde están. Ya les vi funcionar, y para que sigamos hablando tienen que seguir a una distancia

de tres metros como mínimo. A menos distancia, empiezo a funcionar yo, y quizá les ensarte como mariposas.

Craven retrocedió con el rictus de un gato al que le quitan un plato de sardinas.

Harrison forzó una risotada campechana.

—Hombre, no hay motivo para que nos pongamos furiosos. Muchacho... Casi te habría convenido que Craven te rapiñase el permiso y te obligase a cruzar la frontera.

—A ver quién de los dos es el guapo que lo intenta.

Exclamó Clara Trevor:

— ¡Todo esto es ridículo, Kleber!

Sonrió aviesamente Kleber mirando de soslayo a la inglesa.

—Cuando hablan los varones, las hembras calladas, decía mi abuelito.

Rió Craven:

— ¿No te dije, viejo? Este muchacho tiene agallas.

—Lo dije yo, viejo. Escucha, muchacho... Dejémonos de chulerías ahora. Supongamos que libertas a la tibetana... Adiós tu cacería de especies raras para tus carpetas de colorines. Se te nota que no tienes un gran empeño en cruzar el Nepal. Trata de ser razonable.

—Comprende que si consigues escapar con ella, te achacarán la faena y te perseguirán hasta cazarte.

—Ni me achacarán nada ni me perseguirán, porque en Motihari está el famoso Sun Leng.

—Ah...

—Y esta noche he estudiado la explanada y sus contornos. No hay centinelas.

—Claro que no los hay. Porque nadie sería tan loco como para subir al estrado Vamos a cenar ahora, y pues, si persistes, pues... tal vez podremos pactar.

—No, veterano. Tú lo que quieres es el permiso. Yo me voy a la explanada. Y os hago saber que cualquier intento vuestro de aproximación más o menos sigiloso, significará la ruptura de hostilidades. Si consigo lo que Be propongo, me dirigiré rectamente a la hondonada. No me acompañes, Craven. Conozco el camino.

Fue Kleber alejándose de lado, hasta que a suficiente distancia saltó la barandilla, y en varias zancadas desapareció por las escaleras que flaqueaban los terraplenes edificados en decrecientes niveles.

Caía el crepúsculo rápidamente.

Clara Trevor murmuró:

—Es una locura, pero admirable. Lo mismo habría hecho mi hermano. Bueno, no queda más remedio. Iremos a reunimos con Racka, y si a la madrugada no regresó Kleber, atravesaremos la frontera como sea.

—Lewis y yo podríamos intentar cazar a Kleber..., —¡No! Les necesito para atravesar el Nepal. Deseemos buena suerte al naturalista y pongámonos en marcha. Al amanecer sabremos si Regis Kleber es un sabio despistado, o es bastante más combativo de lo que suponíamos.

CAPITULO VIII

Un derviche giraba como una peonza rodeado por sus sectarios. En otro rincón de la explanada, un esquelético faquir, tiesos los cabellos untados en excremento de vaca, se atravesaba los muslos con afilados cuchillos.

En la extensa plaza, cada tribu nortea había enviado a su santón acompañado por algunos fanáticos seguidores.

Algunos impresionaban en sus contorsiones y danzas. Otros, se limitaban a permanecer en cuclillas sobre sus alfombras, o tendidos en tablas erizadas de largos clavos.

Y en el estrado del centro, continuaba Nana Kosi presa de cuello y brazos en la picota.

Regis Kleber descendió el último escalón. Iba a avanzar, cuando notó el doble toque rápido en su tobillo.

Había muchos hindúes tendidos en diversas posturas, principalmente boca abajo, pero en aquel trecho solamente había uno que vestía las pieles de los montañeros.

Kleber se tendió en el suelo, porque los destellos de las numerosas antorchas le permitieron conocer a Sun Leng en el que acababa de señalarle su presencia.

Y que ahora susurraba:

—No debes seguir mas adelante. Es la hora de los ritos. Lo considerarían injuria.

—La providencia, suerte o destino esta conmigo, Sun. Le buscaba.

—Le vi descender hacia este lugar y aquí le aguardé.

—No quiero ofenderle, Sun pero admita que si aquella muchacha está en vísperas de ser quemada viva, es por culpa de usted.

—Ella no lo cree así. Me vio y me ha sonreído.

—Usted puede hacer de su piel lo que se le antoje. Pero ella, ¿qué edad tiene?

—Dieciocho años de los vuestros.

—¿Años de los nuestros?... ¿Acaso no cuentan aquí por

años...? Eso de las lunas era en los tiempos de Alí-Babá. Bueno, no quiero formarme un lío. ¿Va a consentir que ella muera torturada?

—He decidido morir con ella.

—Vaya arreglo más bestia, morir voluntariamente es la máxima estupidez.

—Es que ni ella ni yo moriremos porque no somos mortales.

—Mire, amigo... No me venga ahora con filosofías tibetanas. Estamos hablando de hombre a hombre. Vulgarmente. Quiero su palabra de honor.

—El honor no se expresa con palabras porque está siempre junto al corazón.

—Conformes. Yo quiero su promesa de que si Nana Kosi se salva, usted mismo la devolverá a su tierra natal. Déjela que cumpla con su destino de mujer, que se case, que tenga muchos tibetanitos, y déjese de arrastrarla en sus ideas de reforma del mundo.

—Tienes un corazón puro aunque tu aspecto sea de rudeza, de hombre de hielo. El hielo al fundirse es agua tibia. Me entibia el alma oírte, hermano.

—Según tu modo de pensar, quizá seamos hermanos, Sun. Pero la lástima es que a mí me enseñaron a predicar a puñetazos y tiros.

—La violencia atrae las violencias.

—Pero no va a ser blandiendo tallos de lirio como vamos a salvar a Nana Kosi. Tienes que ayudarme, Sun.

—¿Qué quieres que haga?

—Si consigo mi propósito, tú llevarás a Nana Kosi a su aldea natal.

—Lo haré.

—A dos horas de caballo hacia el norte, se llega a una altura donde hay dos grandes rocas. Una de ellas casi en equilibrio sobre la otra.

—La roca que se mueve. Conozco el lugar.

—Abajo hay una cañada. Allí está mi caravana. Allí deberás llevar a Nana Kosi y esperarme hasta el amanecer.

—No puedo llevarla

—Aquel caballo rojizo de blancas crines, tiene mucho nervio. Yo soy mal jinete pero cuando me persiguen monto en el mismo diablo si es preciso y le hago galopar.

—Aquel caballo es siberiano. Son broncos, porque vienen de cruces muy salvajes.

—No importa. Cuando yo me pongo terco, rivalizo con los cruces salvajes.

—Ahora mismo tu rostro plasma salvajismo.

—Como no me veo, no lo puedo impedir. Tú puedes llegar hasta cerca del estrado. Te tiendes, y cuando me oigas disparar, aguarda hasta oír el cuarto estampido. ¿Sabes lo que sucederá?

—Todos correrán, unos por miedo, otros por curiosidad.

—Pero lo seguro, lo infalible, es que mirarán hacia el sitio de donde restallen los disparos. Y mientras me persigan, porque emplearé tu nombre y gritaré que soy Sun Leng, podrás liberar fácilmente a Nana Kosi.

—Te cogerán.

—Llegaré yo antes a lomos de aquel bicho, cuando compruebe que en la picota ya no está Nana Kosi. Y para que no sufra su corazón, te prometo que sólo dispararé al aire..., mientras me sea posible. Sea como sea, no voy a dejar la piel aquí. Quiero llegar a la barrancada.

— ¿Qué te propones?

—Impedir que asen a Nana Kosi.

—Me refiero a tu viaje por esta tierra.

—Quiero llegar más allá de Katmandú. Soy... natu- ralista. Es decir, clasifico mariposas, peces y pájaros.

—Son seres libres que deben vivir en el aire, en el agua y en la jungla.

—Ahora no estoy para discutir este detalle, Sun, Me he asociado a los cazadores de fieras vivas y, juntos atravesaremos la frontera, porque dispongo de un permiso especial. Este es el permiso. Tómallo. — ¿Para qué?

—Cuando llegues a la barrancada, si no aparezco al amanecer, le entregas este papel a la mujer inglesa que forma parte de nuestra expedición. Le dirás a ella que yo, Regis Kleber, ordeno que tú y Nana Kosi forméis parte de la caravana, hasta llegar a la tierra de nadie, más allá de Katmandú. ¿Todo comprendido, Sun?

—Guarda el permiso, capitán Kleber.

—No soy militar.

—Pero sabes mandar y exponerte al peligro por una causa buena. Dame la pistola.

— ¿Eh?

—Sun Leng soy yo, y no debes engañar a estos pobres ignorantes. Y tú eres el que salvará a Nana Kosi.

—Un momento, un momento... Si soy el capitán, mando yo.

—Yo tengo más costumbre que tú de escapar y ser

perseguido. Dispararé para que todos miren hacia mí. Pretenderán atraparme, pero mis piernas pueden escalar sin esfuerzo las más altas montañas a la velocidad del mismo aire. No es simbolismo. Te devolveré tu pistola en la barrancada. Y Nana Kosi volverá al valle de Gandria, valle de paz eterna, porque hay excesiva maldad entre los hombres para ella.

Deslizó Kleber su pistola de forma que quedó oculta bajo los cruzados antebrazos de Sun Leng.

Sun Leng se levantó. Caminaron pausadamente se dirigió hacia un templete bengalés ante el cual había escasos adeptos.

Se irguió, y alzando el brazo disparó hacia el cielo.

El fogonazo y el estampido produjeron un silencio repentino en la explanada.

En un dialecto gutural, Sun Leng empezó a lanzar Frases sincopadas. Varios corrieron y de pronto una avalancha humana se precipitó hacia las escaleras en cuyo final peroraba Sun Leng agitadamente.

Kleber había ya saltado sobre el estrado. Sacó los vástagos que unían las argollas en la madera. Inclinandose hizo lo mismo con las que sujetaban los tobillos de la tibetana.

Levantó la mitad superior de la barra horizontal, y Nana Kosi, desmadejada, cayó hacia el suelo.

Pero ya la había abrazado Kleber llevándola en volandas corría hacia el abrevadero, colocándose sobre el hombro a la tibetana.

El estribo era ancho y pudo montar sin mucho esfuerzo.

La silla era dura y estrecha. El caballo caracoleó, relinchando.

Soltó Kleber la cuerda ronzal, y al sentirse libre el caballo retrocedió en brascas sacudidas.

Su instinto le decía que aquel jinete no era su amo. Furioso, agachando la cabeza, partió en rauda galope hacia un muro cercano.

Tiró Kleber brutalmente del bocado pegando a la vez dos taconazos en los ijares.

La voz de Sun Leng ya no se oía. Zumbaba en creciente ritmo el murmullo de los fanáticos, ululando injurias.

El caballo siberiano galopaba ahora a toda velocidad, azuzado constantemente por sañudos taconazos. Las rodillas de Kleber ardían en su esfuerzo por mantenerlas pegadas a los flancos.

Nana Kosi, debilitada por su larga permanencia en la picota donde su único alimento había sido el roce húmedo de un trapo empapado en agua y miel, bamboleaba sobre el hombro del improvisado jinete.

La oscuridad era ya completa, y sólo un leve fulgor de luna iluminaba el sendero.

Pero era el mismo sendero que el día anterior había recorrido Kleber en compañía de Craven.

CAPITULO IX

Tras varios intentos, consiguió Kleber colocar a la tibetana atravesada, sentándola ante el. La mantuvo abrazada con el brazo derecho.

De vez en cuando daba un brusco tirón con el izquierdo, cuando el caballo pretendía abalanzarse hacia un lado.

Los ojos de Nana Kosi se abrieron lentamente, hasta que miró con asombrada fijeza el rostro muy próximo.

Silabeó Kleber:

—Sun Leng... Yo, amigo...

Una tenue sonrisa dilató la faz aniñada y los sumisos ojos pestañearon como dando a entender que había comprendido.

Miró Kleber hacia atrás. Todo era oscuridad. Sólo se oía el repicar de los cascos herrados. No le perseguían.

El caballo aprovechó aquel instante para enfilarse hacia un peñasco. Tiró Kleber con fuerza de las riendas.

El potro se encabritó, manoteando, detenido.

Lanzando una imprecación notó Kleber cómo, sin poderlo evitar, resbalaba hacia la grupa.

Ahucó el torso para proteger de la inminente caída a la tibetana, y chocó de espaldas contra el suelo.

Dio varias vueltas sobre sí mismo sin soltar a Nana Kosi.

Girando sobre sus remos traseros, el caballo, manoteando, trataba de patear a los dos caídos.

Empujando a la tibetana, saltó en pie Kleber. Agitó los brazos ante el belfo sanguinolento e irritado del potro, pretendiendo recoger la larga cuerda y las riendas.

Dando un salto de costado, el caballo partió a todo galope, volviendo grupas.

—Maldito bruto —gruñó Kleber.

de pronto, rió. Lo importante era que ya no obsesionaría su imaginación cierto olor a carne quemada en una pira allá en Motihari.

Regresó junto a la tibetana, que sentada en el suelo, se pasaba las manos por las sienes.

— ¿Te dolió el zarandeo, Nana Kosi? Más te hubiese dolido si te asan. Bueno, resulta que no podemos charlar porque no me entiendes.

Le tendió la mano ayudándola a levantarse. Señaló a lo lejos hacia el norte.

—Tenemos que ir allá. Vendrá Sun Leng.

Dócilmente echó ella a andar, asida de su mano.

Kleber, seguro de que no era entendido, sintiose conmovido al contacto de la tibia mano diminuta.

—Pareces una niña extraviada por el bosque. Daba pena verte allí, cogida en el cepo como si fueras una pantera. Tus ojos tienen dulzura de gacela herida. No debiste nunca abandonar tu aldea, paloma.

Miró hacia el Oeste. Veía una larga hilera de puntos luminosos agitándose como una oleada de fosforescencias a ras de tierra.

Dedujo que serían los perseguidores de Sun Leng, portando antorchas.

Era un buen síntoma. Si le perseguían significaba que de nuevo Sun Leng había logrado escapar.

—Un buen tipo Sun Leng. Pero predica en el desierto en este mundo donde cada cuál cree en lo que se le antoja y le beneficia. Dieciocho años ¿eh? Y metida a revolucionaria...

Le hacían gracia los menudos pasos de la tibetana.

—Tienes el encanto de una raza sin falsedad ni amaneramientos. Cuanto antes regreses a tu aldea, mejor. Y deja para los demás la faena de pretender arreglar el mundo.

Siguieron andando apresuradamente.

Súbitamente se encorvó, tensos los músculos.

Alguien rondaba cerca de la roca bamboleante a la que acaban de llegar tras larga caminata.

Apareció la alta y fornida silueta de Brian Harrison.

El pelirrojo exhaló un amplio resoplido de alivio.

—Por fin llegaste...

—Hola. Ya llegó el pase de frontera veterano.

Descendieron por una trocha. A la tenue luz de una linterna, divisó Kleber a Clara Trevor a cuyo lado estaba Craven.

Sonrió ella:

—Bien venido. La suerte acompaña a los audaces. Pero ¡es una niña su Nana Kosi!

—No es mía. Espero que pronto vendrá Sun Leng, y ambos se dirigirán al Tibet, de donde son originarios. Que el gurka Racka despida a dos de sus hombres.

—Esta muchacha podrá ir sola, Kleber, porque... —empezó a decir Clara.

—Esta muchacha irá con Sun Leng y con nosotros.

Intervino inesperadamente Craven:

—Pueden ser útiles para informar sobre Jongka, que seguramente conocerán.

—De acuerdo —aceptó Clara—. Conviene ponernos ya en marcha.

—Cuando llegue Sun Leng, el segundo miembro de mi caravana personal, Craven, explícale a Racka que sobran dos de sus guías.

—Voy allá. Tiene fácil arreglo —y se alejó Craven.

Exclamó Clara:

— ¡No vamos a estar esperando a su antojo, Kleber!

—Hasta el amanecer. Así se lo prometí a Sun Leng.

—Para ser un naturalista es usted muy autoritario.

—La profesión nada tiene que ver con el carácter. Hay cajeros de Banco con arrechuchos de atracador, y saben dominarse.

Cogiendo una cantimplora aplicó Kleber el gollete a los labios de la tibetana.

Tras beber, sonrió Nana Kosi radiante. Complacido comentó Kleber:

—Estaba bueno, ¿eh, preciosa? Bien, ahora vas a ir a tumbarte dentro del trono aquel —y señalaba el sitio sobre el elefante arrodillado.

— ¡Es mi habitación personal, Kleber! —gritó Clara Trevor.

—Oiga, Clara, empieza ya a hincharme los..., las fosas nasales, ¿se entera? Aquí no estamos en el palacio real de Londres. Apáguese los humos, y trate de recordar que cuando sonrío está deliciosa, pero cuando chilla

Y se pone toda tiesa, me dan ganas de hacer gol, largándole un puntapié es: las sentaderas.

— ¡Grosero..., insolente..., animal, maleducado! —se atragantó ella.

Craven, que regresaba de hablar con Racka, sonreía divertido.

Cogiendo del codo a Nana Kosi, manifestó Kleber:

—Respire a fondo, Trevor, o se asfixia, muchacha.

Tómelo con calma. Una mujer que chilla y se siente marimandona, no puede esperar cortesía Por lo menos, de mi parte.

El elefante, arrodillado, *tenía* tendida sobre el flanco la

escalericilla que conducía al cajón sital, entoldado, en cuyo interior había una litera-diván y el equipaje de Clara Trevor.

Un hindú interceptó el paso a Kleber, manifestando en inglés:

—No subir más que *mensahib* Trevor.

—Tú apartar, o del trompazo que te voy a dar, vas a creerte que ha sido el elefante.

Acudía Harrison, ordenando:

— ¡Tú dejar a *sahib* Kleber que es jefe expedición!

Impasible, el hindú se apartó.

—Arriba, preciosa. Y a dormir tranquila.

—Sun Leng —pronunció ella suavemente.

—Ya vendrá, ya vendrá. ¡Arriba, eso es!

Fue ella subiendo hasta desaparecer tras las cortinillas que rodeaban el palanquín.

Comentó Harrison:

—Tienes arrestos, muchacho. Conseguiste salvar a la mocita.

—Y de paso salvé el pase libre de frontera que es lo que te interesa.

—La Trevor está que trina. Nadie en su vida debió hablarle como lo has hecho tú. Dice que eres un presumido grosero que no sabe tratar a las mujeres.

—Los cloqueos de pava resbalan sobre mi cutis como el agua sobre el plumón del pato —sonrió Kleber—. Y hablando de todo un poco, irlandés. Tú y tu socio no me andéis muy cerca.

— ¿Por qué? ¿Es que no te fías de nosotros?

—Ni un pelo.

—Eso sí que está bueno —rió Harrison ruidosamente—. Quieres demostrar que no te chupas el dedo, ¿eh?

—Me lo muerdo hace ya tiempo.

—Antes de cazar mariposas, ¿estabas de matón echador en una taberna del Támesis?

—He trabajado un poco de todo, y a mi corta edad, puedo asegurarte que aproveché bien el tiempo... ¡Eh! ¡Sun Leng!

Respirando afanosamente, soportado por los sobacos, llegaba Sun Leng entre Craven y un hindú.

Sonriendo con esfuerzo, murmuró:

—Hemos cumplido, hermano...

Su cabeza cayó sobre su pecho.

—Tiene un lanzazo bestial en la espalda —aclaró Craven.

Harrison desgarró la piel de la túnica, descubriendo la ancha y profunda herida.

Comentó asombradísimo:

—Este tipo es un fenómeno. Cualquier humano normal estaría más que muerto con esta brecha. No sé cómo lograría arrancarse el hierro, pero lo que es increíble es que respire aún. Lo vamos a tender y que se muera tranquilo.

Kleber chasqueó los dedos. Mirándole, rectificó Harrison:

—Bien, bien. Trae el botiquín viejo.

En la espera y aguantando entre ambos a Sun Leng, volvió a repetir Harrison:

—Este tipo es un fenómeno Fíjate bien... El hierro entró recto desgarrando venas arterias y un trozo de válvula cardíaca... Un tipo normal se muere en el acto. Y fíjate... Le palpita el corazón como si tal cosa... Lo veo y no lo creo.

—El régimen de vida de estos montañeros los hace mucho más fuertes que nosotros —arguyó Kleber.

—Milagritos, no. Con esta bernia no sobrevive ni un yoga, ni un bonzo, ni nadie...

Harrison demostró ser un experto curandero, especialista en heridas por desgarró. Hizo un perfecto drenaje, y el apósito con el vendaje hubiesen enorgullecido a la mejor de las enfermeras.

Al terminar, incorporándose, afirmó:

—Morirá igualmente. Comprenderás que no pude coserle venas ni arterias. Ni soy Barnard para poderle hacer un trasplante. Bueno, ¿nos vamos ya, jefe Kleber?

—Andando.

La actividad reinó en el campamento. Se puso en movimiento la recua de mulos sobre uno de los cuales estaba atado y tendido Sun Leng.

Atrás iban los tres mercenarios, a pie. En el único caballo de la caravana, Clara Trevor guardaba un silencio resentido.

El elefante, a retaguardia, se bamboleaba conducido por Racka.

Cuando amaneció quedaba atrás la línea fronteriza. La habían atravesado inmediatamente, apenas el oficial hindú, al frente de un pelotón diseminado por los lados, leyó el permiso especial.

Harrison seguía mascullando que «aquel tipo no era un ser humano». Porque Sun Leng, antes de llegar a la frontera, había pedido ser desatado. Y a pie, andaba apoyándose en un mulo.

Muy a lo lejos se divisaban unos jirones blancos que parecían nubes brillantes. Las cumbres del Himalaya.

Clara Trevor que tuvo que atravesar la frontera andando, porque una mujer con a tez y el ropaje de una hindú no podía ir montada cuando los hombres iban a pie, ordenó de pronto:

— ¡Acampamos aquí! ¡Ha legado el momento de poner las cosas en claro y determinar quién manda aquí, Kleber!

CAPITULO X

Kleber replicó lacónicamente:

—Nadie.

—No es el momento más apropiado para que pueda apreciar su sentido del humor, Kleber.

—Ya es hora que comprenda que a partir de aquí, debemos cesar en nuestra civilizada costumbre de discutir. Cada uno de nosotros tiene ya tarea *más* que suficiente en procurar sobrevivir. Ni debemos continuar juntos ni tengo yo que acatar mando de nadie. Los tres ya tienen su caravana y pueden seguir adelante, ya que ahora no les soy de ninguna utilidad. Yo con Nana Kosi y Sun Leng, seguiré por mi cuenta. Pido tan sólo que me cedan al precio que les costó un mulo, el caballo y un par de rifles. Como ven, tengo sentido común y no pido gollerías por haberles facilitado la entrada hacia Katmandú. ¿De acuerdo?

Clara Trevor rebatió:

—Yo soy quien ha sufragado los gastos y he sido considerada como jefe de la expedición.

—Esto será por lo que se refiere a sus dos acompañantes, pero no a mí. Resuelvan lo que mejor les parezca.

Se apartó Kleber para aproximarse a Sun Leng que comentó:

—Vencerás todos los contratiempos, porque no tienes vanidad ni afán de mando y dices siempre lo que sientes.

—Veo que estás ya resucitado, Sun. Y en opinión del que te remendó era imposible que sobrevivieses. Tu curación la considera un prodigio.

—El aire de estas alturas es un prodigio.

Una extraña sonrisa distendió los labios de Sun Leng. No se fijó Kleber en ello, porque se aproximaba Clara Trevor.

—Harrison y Craven opinan que es preferible que hasta el fin de las montañas efectuemos el viaje juntos. La tibetana puede disponer del caballo y el herido del mulo. ¿De acuerdo, Kleber?

—Es razonable.

El lento avance ya no permitió durante días discusiones ni

siquiera conversaciones.

El calor era cada vez más pegajoso. Emprendían la larga caminata al caer la noche sin detenerse hasta el amanecer en que efectuaban un breve descanso para comer.

Reemprendían la marcha hasta que el ardor del sol les hacía protegerse en algún paraje sombreado, donde dormían hasta el anochecer.

El guía Racka elegía caminos siempre alejados de toda aldea. A medida que iban acercándose al Himalaya, dejando atrás Katmandú, la tensión se apoderó de todos, menos de Sun Leng y Nana Kosi.

En las breves etapas para comer y dormir, Kleber se unía a los dos tibetanos. No hablaban. El cansancio actuaba a modo de sedante.

Por fin, al crepúsculo del día catorce desde que habían atravesado la frontera, la caravana acampó en un bosque situado en declive ascendente.

El gurka Racka habló largamente con Clara Trevor, que se aproximó al lugar donde Kleber terminaba de cenar. Tras ella venían Harrison y Craven.

—Tenemos que hablar, Kleber. Como su amigo el tibetano comprende el inglés, le ruegue que...

No terminó la frase, porque Sun Leng asiendo por la mano a Nana Kosi, se alejó con ella.

Prosiguió Clara:

—Racka dice que nos hallamos a igual distancia de los dos pasos que atraviesan la cadena montañosa hacia Jongka. Harrison y Craven aceptan acompañarme un trecho, puesto que hallarán caza en los alrededores montañosos de la otra vertiente. Sólo el guía Racka vendrá conmigo. Los demás esperarán aquí. Sería peligroso internarnos con ellos porque son musulmanes. Atravesaremos por el paso de Himalchuli.

—Les deseo suerte.

—Ahora que vamos a separarnos, quiero pedirle disculpas si mi comportamiento ha sido orgulloso. Digamos que llevo tiempo bajo tensión nerviosa.

— ¿Qué se propone al internarse en Jongka?

—Vengar a mi hermano.

—Esto ya lo sabía. Pero, ¿cómo?

—Indagando llegaré a saber quién mató a un inglés, ya que no abundan los que se internan en Jongka.

— ¿Y entonces?

—Le vengaré.

—Suponga que muriese por orden del propio marajá.

—Sabré llegar hasta el propio marajá. Adiós, Kleber, y buena suerte.

—Más va a necesitarla usted. De todos modos, no me diga adiós, porque sería posible que volviésemos a vernos.

—Eso espero. Puede quedarse con el caballo y el mulo. No los necesitaremos, ya que Racka dice que para tener más probabilidades de transitar por Jongka, precisamos vestir ropas de peregrino y esconder nuestras armas en las alforjas de un mulo.

—Si yo tuviese autoridad sobre usted Clara, aunque fuese atándola la obligaría a dar media vuelta. Pero no la tengo. Suerte.

Poco después Racka abría a marcha, seguido por Clara con ropas masculinas y de nuevo con peluca negra y maquillada de ocre oscuro.

Harrison y Craven vestían como Racka. Conducían por el ronzal el mulo en cuyas alforjas llevaban sus armas de largo alcance.

Fue entonces cuando Kleber tuvo la repentina certeza de que los mercenarios no iban a cazar fieras vivas porque de haber sido así necesitarían portadores para redes y trampas, así como reata para transportar el botía cazado.

No acompañaban a Clara por las tres mil libras prometidas, puesto que ya las habían ganado al llegar al bosque de los dos Pasos.

Reapareció Sun Leng con Nana Kosi. Sentáronse ante Kleber quien respingó al oír a la tibetana decir en perfecto inglés:

—Le estoy muy reconocida, Regís, porque nos ayudó a Sun Leng y a mí.

Rió Kleber contemplando la maliciosa y a la vez infantil

sonrisa de Nana Kosi.

—Sabías inglés y me dejaste hablar tonterías, callándote.

—Decías cosas agradables.

Sun Leng alzó la mano para señalar hacia los desfiladeros.

—Tus compañeros van a la muerte porque han entrado por el Paso que conduce al valle de la Futura Primavera Eterna.

—Son valientes y saben luchar. Además parecen peregrinos y esto les hará pasar desapercibidos.

—Es peor, porque si los cogen, ejecutan siempre a los que se disfrazan y simulan ser lo que no son.

—Yo pienso también ir a Jongka, Sun.

—Entonces no mudes tu ropa ni alteres el color de tu tez. Y si tu intención es la de coleccionar especies de fauna, tal vez respeten tu vida y te dejen regresar al valle de Katmandú. Pero los dos codiciosos cazadores y la diosa rubia no lograrán engañar a Gorza Kan.

— ¿En qué adivinaste que son codiciosos Harrison y Craven?

—No son puros hombres de lucha como tú. Puedes haberme engañado a mí diciendo que buscas mariposas, pájaros y peces, pero no hay mala intención en tus palabras ni finalidad. En cambio Harrison y Craven buscan oro. No tienen la tranquila mirada del hombre natural.

—

—

—

-

—Es posible que estés en lo cierto. ¿Quién es este Gorza Kan?

—Es el consejero del marajá. Cuanto se hace en Jongka no puede llevarse a cabo a menos que lo consienta Gorza Kan.

CAPITULO XI

El hombre arrodillado cuya frente tocaba el brillante suelo de mármol rosa, anunció:

—Gorza Kan, Excelso.

Gorza Kan, alto, flaco y envarado vestía simplemente una larga túnica parda, y sandalias de pastor.

Destacaba más esta sencillez por cuanto todos los altos dignatarios de la corte de Jongka que tenían acceso a la sala principal del trono, llevaban uniformes y vestidos rutilantes de escarlata, oro y condecoraciones.

Gorza Kan, el consejero real, se detuvo como lo exigía el protocolo, a unos diez pasos de distancia del trono ocupado por el marajá de Jongka, el Excelso Bir Bikram Bahadur Shah.

Apenas Gorza Kan saludó a su modo privilegiado, consistente en solamente inclinar su alta estatura, el marajá dio dos palmadas.

El significado era explícito. Todos los dignatarios abandonaron la gran sala del trono, arrodillándose primero y tocando el suelo con la frente.

El Excelso quería hablar a solas con su consejero.

Apenas quedó a solas con Gorza Kan, ya que los guardianes armados que a trechos de dos metros se alineaban contra paredes y columnas, eran considerados más bien estatuas que seres humanos, el Excelso sonrió abiertamente, complacido.

Era un hombretón ancho y de faz sensual, con ojos ardientes y tez congestionada. Había crueldad en sus facciones.

Le gustaba hablar inglés con su consejero. Recordaba así sus tiempos de estudiante en Oxford.

—Te he esperado con impaciencia Gorza Kan.

—Debes perdonarme, Bir Bikram Quise en persona proceder a la captura de los intrusos.

—Desde que tu cerebro orienta mis decisiones, Gorza Kan, la sensación de reinar es mas completa en mi espíritu. ¿Has interrogado a los intrusos extranjeros?

—En estos casos insólitos me abstengo de proceder sin tu anuencia, Bir Bikram.

El marajá resopló riendo:

—Quieres demostrarme la profundidad de tu penetración en desenmascarar las mentiras.

Dio una palmada que resonó en la vasta sala de techo abovedado.

Un chambelán avanzó, hasta quedar arrodillado, frente contra el suelo.

—Que sean conducidos a mi presencia los prisioneros extranjeros.

Para subir al estrado del trono había cinco peldaños. Sólo pisaba el cuarto peldaño la esposa más antigua del rajá.

Gorza Kan era el único ser en Jongka que se colocaba a un lado del trono, y aquél era un privilegio más que exasperaba al enjambre de cortesanos envidiosos.

Pero por más que lo intentasen, hasta entonces no habían hallado un solo motivo con pruebas a presentar al marajá para derrocar a su consejero.

Gorza Kan era sobrio y austero. Hizo decapitar a los que le ofrecieron sobornos. Parecía insensible a la influencia femenina. Y era tan severo para sí mismo como lo eran sus leyes aprobadas por el marajá.

Oyéronse unos pasos y dos individuos, atados de codos, empujados por dos corpulentos tártaros que eran los verdugos oficiales de la corte, penetraron en la sala.

Cayeron arrodillados al impulso del recio manotazo de sus escoltas. A la señal del mara a fueron puestos en pie. Sus rasgos faciales, achatados, podían confundirse con los de cualquier nómada tibetano.

Gorza Kan habló con lentitud, informando:

—Seguían el curso del Brahmaputra, y destruyeron la lancha en que venían al llegar a la frontera norte de Jongka, señor.

Uno de los prisioneros, al prolongarse el silencio en el que los ardientes ojos del marajá les acechaban malignamente, afirmó postergándose repetidamente:

—Somos dos peregrinos del Alung Gangri, Excelso señor.

Bir Bikram limitose a ondear la mano hacia Gorza Kan que, en el dialecto parhu empleado en todas las comarcas al norte de Katmandú, expuso con su característica entonación lenta:

—La mentira azulea en vuestros labios temblorosos. No sois peregrinos del Mar de Arena, por cuanto al atravesar los pasos de las montañas no cumplisteis el ritual que os exigía arrojar piedras y gritar para ahuyentar los espíritus malignos.

Intervino el marajá:

—Gorza Kan es el portador de mis ojos, y los lleva por doquier. No existe paso de mis fronteras donde mis ojos no estén. Ahora, responded con cuidado... ¿A qué vinisteis a mi reino?

—Lo atravesamos para dirigimos a nuestra aldea de los Lagos, excelso señor.

Gorza Kan tendió el índice hacia el prisionero que había hablado.

—Has mentido. Entre tus ropas se encontró el plano de uno de nuestros templos. Sois buscadores de tesoros y vendedores de informes.

El marajá, como si ya le aburriese contemplarlos, decretó:

—Las corazas de plata. ¡Fuera con ellos!

A rastras, los dos tártaros se llevaron a los prisioneros. Los iban a ejecutar en una de las plazas destinadas a pública tortura.

Las corazas de plata eran dos planchas de este metal que, aprisionando los torsos de los sentenciados, eran calentadas al rojo vivo.

Al quedar de nuevo a solas con su consejero, comentó el marajá:

—Todo aquel que venga a robar o a espiar, sufrirá esta muerte. Tú lo dijiste, Gorza Kan. Sólo reinará la paz en Jongka, mientras ninguna planta extranjera pise nuestro suelo. Puedes regresar a tus ocupaciones.

Gorza Kan realizaba continuas excursiones por los valles que, encajonados entre estrechos pasos y desfiladeros, limitando con el Nepal y la comarca tibetana, formaban el reino de Jongka.

Había organizado un servicio de centinelas en todo el cerco

de picachos fronterizos. En cada cumbre, un centinela provisto de un largo cuerno formado por huesos humanos ahuecados, transmitía hacia el valle un sonido de aviso cuando alguien cruzaba la frontera.

Cada centinela emitía una nota distinta que permitía así localizar el lugar desde donde era dada la señal amplificada por la hondonada.

Gorza Kan recorría las aldeas administrando justicia y era considerado por todos como un enviado del Techo del Cielo.

Para estas misiones revestía el ropaje de su título. Larga túnica azul ceñida a la cintura por una franja roja.

Una oscura trenza de cabellos se enrollaba en lo alto de su cabeza. De la oreja izquierda le colgaba el arco con turquesas y perlas engarzadas en oro, símbolo de su autoridad de consejero real.

Por entre los pinos y abetos desfilaban los *yaks*, búfalos cuya carne, leche y lana, proporcionaban lo necesario a los aldeanos de Jongka.

El clima siempre suave era una delicia. Los picachos nevados, formando anillos en torno a los abrigados valles, daban al conjunto de Jongka, la apariencia que justificaba su renombre de Valles de la Primavera.

Un cuerno de señales resonó en prolongada nota agudísima.

Gorza Kan, montando en brioso caballo, al frente de un séquito de soldados del marajá, alzó la mano, tendiéndola después rectamente hacia el lugar donde acababa de resonar la señal de alarma.

Era el paso de Himalchuli.

CAPITULO XII

—Pese al poderío del tal Gorza Kan, tengo que penetrar en Jongka —dijo Kleber—. Podemos ya separarnos, Sun.

—Hasta hoy, al reino de Jongka sólo habrán llegado medio centenar de blancos, en su mayoría ingleses. Sólo tres lograron escapar con vida. Si yo supiera lo que realmente deseas encontrar en Jongka... Pero no puede ser nada maligno. Te acompañaré. Mi presencia puede serte útil. Soy conocido...

—Si estuvieras solo, aceptaría. Pero has de devolver a Nana Kosi a su terruño.

—Ella es tibetana y pura. Nos podemos internar hacia nuestra comarca, a través de Jongka, sin peligro para nosotros.

Manifestó ella:

—Atravesar Jongka en tu compañía será placentero, Regis.

—Puesto así, sería absurdo negarme. Vamos allá.

El guía Racka alzó la cabeza a la vez que hada señal de detenerse a los tres que le seguían. Clara Trevor no había oído nada, ni tampoco Harrison y Craven.

Se hallaban casi al final del largo paso abierto entre altísimas cumbres. Racka escuchaba. Algo que los otros tres no oían. Dijo por fin:

—Hemos de volver atrás, *mensahib* Trevor.

— ¿Por qué?

—He oído la señal del ojo de Buda que nos mira.

— ¡Necedades, Racka!

El gurka inclinó por tres veces la cabeza llevándose la mano a los labios, frente y corazón. Dijo:

—Yo no sigo adelante, *mensahib* Trevor.

Ceñudo reprochó Harrison:

—Pronto te entró el miedo

Los negros ojos del gurka miraron desdeñosos al aventurero. Volvió a saludar a Clara Trevor y manifestó:

—Esperaré en el lugar señalado, *mensahib*.

Echó a andar apresuradamente en dirección contraria.

Bajo su túnica empuñó Craven la culata de su pistola

ametralladora.

—No, no quiero asesinatos, Craven —dijo quedamente Clara—. Podemos seguir adelante sin necesidad de Racka. Al extremo del paso se abre ya el valle.

Siguieron andando. Al extremo del desfiladero se erguía un poste con un rótulo escrito en raros arabescos que ninguno de los tres pudo descifrar:

«En Jongka, la mentira es un crimen sin perdón.»

Poco después contemplaban un anchuroso valle idílico. Se divisaba un poblado de redondas casas, rodeadas de estanque, huerto y jardín. Destellaban reflejos plateados al acariciar el sol la red de canales diminutos que parecían rayas trazadas de casa en casa.

Señaló ella la aldea:

—Allí trataremos de averiguar algo. Usted, Craven, me dijo que conocía el dialecto parhu.

—Lo bastante para entender y hacerme entender. Pero sugiero que no vayamos a esta aldea.

— ¿Por qué?

Craven tardó un instante en contestar:

—Hay un poblado más cercano a la capital, donde Nos informaremos mejor. Se llama Lombo.

* * *

Sin la orden expresa de Gorza Kan, ningún jinete se hubiera atrevido a moverse. Permanecían a respetuosa distancia tras el caballo del consejero.

Gorza Kan enfocaba sus prismáticos hacia el pequeño grupo de los tres caminantes y el mulo. Veía perfectamente el rostro de la falsamente bronceada Clara Trevor, y sobre todo el extraño color de sus ojos.

Apartando los prismáticos, mantuvo unos instantes la cabeza inclinada, sumido en hondos pensamientos. Por fin llamó al primer jinete. Dijo concisamente:

—Libre entrada para estos peregrinos. Pero que sus pasos sean espiados.

A todo galope del caballo, Regis Kleber no ostentaba una postura muy académica, pero sí se aferraba con vigor a estribos y riendas.

Acababa de saber por Sun Leng que la mentira, el disfraz, eran crímenes sin perdón en Jongka.

Alcanzó al trío que se había detenido entre rosales silvestres, junto a la margen del canal general, que distribuía las aguas por todo aquel valle.

Desmontó Kleber. Las miradas de Harrison y Craven no tenían nada de cordiales.

Inquirió Clara:

— ¿Qué se le ofrece, Kleber?

—Advertirle simplemente que tiene más probabilidades de salir con vida si aparece tal como es. Por aquí no perdonan el engaño.

—Ni necesitamos que nadie nos perdone —atajó Harrison—. Craven y yo hemos pasado por muchas junglas y supimos salir de todas. Vete a cazar tus mariposas y déjanos en paz.

Reprochó Clara:

—Debemos agradecerle a Kleber que se apartase de su ruta para aconsejarnos. Pero en este caso no comparto su opinión, Kleber, ya que estimo que tenemos más posibilidades vestidos así. Como ha dicho muy bien Craven, al llegar al templo budista de Lombo en aquel poblado, como peregrinos hindúes, podemos tener derecho a hospitalidad.

— ¿Metidos en una jaula?

—Los Tromo, sacerdotes del templo, son gente culta.

Puedo averiguar lo que le sucedió a mi hermano, ya que éste es el motivo de mi viaje. Y por ahora, usted mismo puede juzgar... No han surgido obstáculos, y sin embargo, hemos sido vistos. Gracias por su atención, Kleber, y puede regresar sin inquietud a sus quehaceres.

Kleber rió sin poderlo remediar.

—Parece que se disponga a tomar el té a las cinco en

Chelsea, muchacha. Bien, yo ya cumplí avisándola, y voy a decirle algo más... No se fíe ni un pelo de sus dos escoltas... ¡No, Harrison!... No te muevas, porque te gano por la mano. No la ves, ¿verdad? Tampoco tu compadre. Procurad que no la veáis. Si asoma, será escupiendo plomo.

Clara Trevor siguió caminando, mientras Harrison y Craven empujaban al mulo reacio.

Esperó Kleber hasta que llegaron Sun Leng y Nana Kosi.

— ¿Qué es un Tromo, Sun?

—El sumo invocador del poder de Buda. Todos los bonzos Tromo han cursado estudios en universidades occidentales.

—Ellos van al templo de Lombo. ¿Extraño, no? ¿Qué clase de fieras pensarán cazar en la casa de Buda?

Sun Leng, a instantes, tenía una extraña transparencia en su mirada. Una luz diáfana, ultraterrena, sin éxtasis, concentrando una penetración sobrehumana.

—En el templo de Lombo hay una hornacina con un ídolo cuya cabeza vale, mal tasada, unos veinte millones de libras esterlinas.

— ¡Sopla! —Silabeó Kleber—. ¡Estos dos bribones van a por esa cabeza! Escucha, Sun. No voy a consentir que estos dos tunantes lleven engañada a Clara. Ni quiero que os comprometáis más tiempo conmigo. Os recordaré con gran afecto, y ahora, sin más cumplidos, seguid vuestro camino hacia el terruño. Adiós, Nana Kosi, y si vuelvo a encontrarte predicando por ahí, te daré una azotaina. Buena suerte en tus andanzas, Sun.

Estrechó la diestra del que creía un revolucionario tibetano. Y acarició la mejilla de Nana Kosi, antes de volver a montar.

Al llegar a un sendero estrecho, la hierba resbaladiza le obligó a poner al paso su montura.

Desde atrás, por encima de la grupa del caballo, acababan de aplicar entre sus riñones el cañón de un rifle

Saltando desde un matorral, asía Craven las riendas.

Harrison empujando con toques de cañón, fue sentenciando :

—Estás ya muy pelmazo, Kleber. Nuestra seguridad exige que te liquidemos.

CAPITULO XIII

Masculló Craven:

—Condenado entrometido. Venga, pie a tierra.

Sacando los pies de los estribos, argumentó Kleber:

—No seáis estúpidos, veteranos. A mí se me importa un pimiento de vuestros tejemanejes. ¿Dónde está la princesa?

Apremió Harrison:

— ¡Baja! ¿O quieres que te chamusque el lomo con trufas de plomo?

Abrió Kleber las piernas como si se dispusiera a descender de la silla. Las levantó, basculando hacia atrás.

Fue a caer, como era su intención, tras las espaldas de Harrison en pie. Sujetándole el cuello con el antebrazo, hundió con fuerza su puño derecho en el hígado del pelirrojo.

Craven soltó las riendas, corriendo a un lado para tratar de enfocar por el flanco a Kleber contra el cual no podía disparar por temor a herir a Harrison.

El caballo, asustado, emprendió veloz carrera por su cuenta.

Harrison se dobló hacia adelante, campaneando a Kleber que pasó despedido por encima de su cabeza.

La mochila sujeta a la espalda de Kleber amortiguó la caída.

Craven echó la pierna hacia atrás disponiéndose a asestar un puntapié a la sien del caído.

Harrison se arrojó en impetuosa zambullida. Kleber rodó a un lado y Harrison se estrelló contra el suelo, mientras el punterazo destinado a la cabeza del supuesto naturalista fue a chocar contra el costado del propio Harrison.

Saltó Kleber en pie. Craven, imprecando furioso, dobló el brazo para detener el golpe de karate que le dedicaba Kleber, mientras su otro brazo bajaba el cañón del rifle.

Se ladeó Kleber, alzando la rodilla en finta destinada al estómago de Craven que se inclinó para esquivar. Kleber pegó un gancho en plena barbilla.

Sintió con placer crujir sus nudillos y los dientes de Craven,

que, medio inconsciente, se tambaleó sacudiendo la cabeza.

Reptando, Harrison asió por los tobillos a Kleber y empujó en brusca sacudida. A la vez se incorporaba.

Perdido el equilibrio, manoteó Kleber para capear el aluvión de golpes de todas clases que prodigaba Harrison. Un toque del calloso canto de zurda de Harrison le alcanzó en la sien, derribándole.

Recuperó pronto la noción de las cosas para verse apoyado sobre los codos en el suelo, con el cañón del rifle de Harrison enfocándole, mientras palpándose la mandíbula se aproximaba Craven.

Comentó casi admirado Harrison:

—Es un jabato este chico. Casi nos puso a los dos fuera de combate, viejo.

— ¡Estállale el cráneo! —rugió Craven.

Kleber acechaba el índice de Harrison rodeando el gatillo.

Empezaba a tensar todos los músculos cuando una voz amable, a espaldas de los dos veteranos, anunció:

—No quisiera disparar. Deja caer tu rifle, Harrison, y tú, Craven, entrelaza las manos a la nuca.

Era Sun Leng que había recogido el rifle caído de manos de Craven y que apuntaba ahora alternativamente a los dos aventureros.

Saltó en pie Kleber aferrando el cañón del rifle de Harrison y apartándolo de su trayectoria.

—Bien venido, Sun. Muy oportuno, porque me veía ya apurado.

Dio una sacudida quedándose con el rifle.

Craven había obedecido automáticamente la orden de Sun Leng.

Advirtió Kleber:

—Cuidado con intentar nada sucio, compadres. Estáis copados. Si fuera un chacal como vosotros, os despachaba a mejor mundo, pero no sé rematar a tipos desarmados. ¿Dónde está la princesa?

Harrison calculaba las posibilidades. Pero Sun Leng estaba a

prudente distancia y Kleber demasiado cerca, a un largo del cañón del rifle.

Forzó una sonrisa:

—Bueno, esto no iba en serio, como comprenderás, muchacho.

—Eres un cínico espantoso, viejo. ¿Dónde está Clara?

—Tenía prisa por investigar y se dirigió al templo.

— ¿Por qué no fuisteis con ella?

—Quisimos primero parlamentar contigo para convencerte que era preferible que no nos siguieses.

—Y yo os recomiendo que deis media vuelta y os vayáis de caza por otra comarca, porque ya queda bien aclarada la situación. Allá donde os encuentre otra vez, dispararé primero y hablaremos después. ¡Venga, en marcha! En sentido contrario. ¡Andando los dos y rápido antes que me arrepienta de mi generosidad!.

Los dos mercenarios fueron a desatar el mulo, y arreándolo, se alejaron en sentido opuesto al templo y poblado de Lombo.

Apoyado el rifle en el antebrazo, Kleber vigilaba la retirada de los dos veteranos, mientras con la zurda se restañaba la sangre de una ceja.

—Acudiste con una oportunidad bárbara. Sun Pero ahora volveremos a separarnos porque me pesara meterte en más líos de los que ya tienes tú mismo Pasa algo raro, Sun.

— ¿Qué es?

—¿Por qué no se acerca ningún nativo? Parece como si Clara, estos dos y yo tuviéramos la lepra. Forzosamente nos han visto, y sin embargo, nadie se arrima ni en plan hostil ni amistoso. Los reputados como salvajes puros de Jongka, tranquilos y pacíficos. Hasta ahora solamente arman trifulca los dos veteranos y por retuque, yo. En cambio, los nativos se están quietos demasiado quietos.

—Tu espíritu combativo habrá adivinado que esta quietud es más peligrosa que un ataque frontal. Si me admites un consejo, saca de Jongka, como sea, a la princesa rubia.

—A esto voy. Me aparta de mis propias obligaciones la idea de esta terca muchacha empeñada en investigar algo imposible y muy peligroso. Bueno, Sun, está visto que nunca acabamos de despedirnos. Me voy al templo

—No podrás traspasar el umbral.

—Esperaré a que ella salga, y a la fuerza, si es preciso, la llevaré a las autoridades inglesas, del consulado, al otro lado

de la frontera. ¿Y Nana Kosi?

—Ha ido a meditar en el templo de Lombo.

* * *

Dominando la aldea, el templo de Lombo asentaba sus bases en un escarpado rocoso, hacia el cual se llegaba por un sendero único, estrecho y empinado.

En realidad, el recinto del monasterio de Lombo estaba constituido por las mismas rocas que habían sido techadas, formando un conjunto circular en cuyo centro anidaba el templo.

Tras ascender por el sendero serpenteante, penetró Clara Trevor al interior. Las enormes bóvedas parecían aplastar silenciosamente a la intrusa.

Vacilantes llamas de grasa de *yak*, daban reflejos sinuosos a las numerosas tallas de Buda.

Algo indefinible, una sensación jamás experimentada hizo presentir a Clara Trevor que se hallaba en un ambiente desconocido en Occidente. Un ambiente de tranquila paz producida por la renuncia a toda codicia.

No había bancos ni reclinatorios, sino esterillas. Al fondo veía siluetas de bonzos, prosternados, inmóviles

Se sobresaltó cuando junto a ella se detuvo una alta figura revestida de túnica azul. El rostro del recién llegado era enjuto. Parecía tallado en madera oscura.

Rodeándole las sienes y velando sus ojos, llevaba una franja de tela negra transparente que si bien no dejaba adivinar el color de sus ojos le permitía ver.

Inclinándose, el bonzo habló en perfecto inglés:

—Sígueme. Yo soy el Tromo del templo.

Como alelada, anduvo ella tras los pasos del hombre de sienes y ojos cubiertos por la tela negra, que penetraron en una especie de celda de deslumbrantes paredes blancas.

La luz diurna filtraba por dos estrechas aberturas en lo alto. El Tromo señaló con su flaca mano la única silla.

—Desde que cruzaste el Himalchuli paso a paso, has sido

espiada. Pero Gorza Kan no desea que te suceda ningún mal.

—Es maravilloso tu dominio de mi idioma. ¿Por qué cubres tus ojos?

—La penumbra constante favorece la concentración mental.

— ¿Quién es Gorza Kan?

—El consejero del marajá, y máximo poder de autoridad. Tú has venido hasta aquí para hacer preguntas. Hazlas.

— ¿Cómo sabes que deseo hacer preguntas?

—Desde tu llegada a Benarés, no has cesado de hacer preguntas referentes a Jongka. Si sigues con vida, se debe a que Gorza Kan ha dado orden de que seas respetada, y según me acaba de hacer saber, deseas indagar acerca de un británico que se llamaba Edgar Trevor.

Asombrada dilató ella los ojos. El Tromo proseguía impenetrable:

—Gorza Kan, a través de mis palabras, te hace saber que el llamado Edgar Trevor no existe y que no le dio muerte ningún habitante de Jongka. El mismo anuló su existencia.

— ¡Imposible! ¡Mi hermano era incapaz de suicidarse!

—Yace en paz y dice Gorza Kan que fue deseo póstumo de Edgar Trevor que su hermana Clara, si algún día venía, debía abandonar de inmediato Jongka y regresar a su país.

Aturdida, Clara se limitaba a sacudir la cabeza en negativas.

Resonó un golpe de gongo, repetido en modulación distinta. El Tromo inclinó su alta figura.

—Medita mientras acudo a oír la voz de Gorza Kan.

Quedose sola Clara completamente absorta en sus confusos pensamientos. ¿Cómo podía Gorza Kan, el misterioso consejero del marajá, saber quién era ella?

No tuvo conciencia del tiempo transcurrido desde la ausencia del Tromo, que al regresar manifestó:

—Acude hacia el templo un joven que no disimula su persona bajo harapos de peregrino. Puedes verlo desde aquella ventana.

Vio ella a Kleber seguido por Sun Leng. El crepúsculo empezaba a teñir de violeta el firmamento.

—No puede entrar en el templo, pero si lo deseas puedo

hacerle llegar hasta aquí.

Asintió ella maquinalmente. Tenía que tratar de poner orden en sus tumultuosos pensamientos.

El Tromo salió para detenerse poco después en la puerta de acceso al templo. Invitó con el ademán a Sun Leng para que entrase.

Alzó después la mano.

—La joven inglesa quiere verte.

Regis Kleber parpadeó. Pero hacía ya tiempo que no se complicaba la existencia con preguntas inútiles. Siguió por el exterior del contorno roquizo al hombre de los ojos cubiertos por una especie de venda negra.

Al cederle el paso a la celda, el Tromo dijo:

—Es mi hora de preces. Volveré.

Tardó Kleber unos instantes en hablar.

—Bien... Vamos al grano, Clara. Un constante misterio inexplicable alienta en esta comarca silenciosa y nada hostil hasta ahora.

—Saben quién soy —murmuró ella.

—Es una locura que sigas aquí Clara. Debes irte.

—Lo mismo ordena Gorza Kan... No, no es este bonzo... Me dicen que Edgar murió... Que se dio muerte él mismo, y que me ordenó regresar a Inglaterra si algún día venía aquí.

—Es un consejo muy sensato. Vas a marcharte. Te conduciré hasta el paso de Himalchuli. Hazme caso.

—No me iré hasta averiguar lo que he de saber.

Acercose Kleber más a ella, inclinándose para hablar en voz muy baja:

—Entonces, me obligas a revelarte lo que era preferible mantener secreto. Al igual que Edgar Trevor acepté una misión en Jongka. A mí me ha contratado un financiero que entre otras cosas es propietario de la revista científica *Sendas Desconocidas*. Espérame al otro lado de las montañas, en Katmandú, y te prometo que yo sabré averiguar todo lo que se relacione con Edgar Trevor.

Se levantó ella para preguntar:

— ¿Consideras que soy un estorbo para tu misión?

—Sí, porque saben quién eres.

—Entonces, obedezco. Te esperaré en Katmandú.

—Magnífico. Bien, ahora esperaremos al bonzo ese de la venda negra...

Netos y restallantes resonaron dos hondos impactos como los producidos por un martillo golpeando sobre roca.

Y un disparo.

Kleber, más que hablando, pensando en voz alta, dijo:

—Calibre nueve, de la pistola «Webley» de Harrison.

CAPITULO XIV

Cuando tuvieron la certeza de que ya no eran vistos, Harrison y Craven ataron el mulo entre el follaje frondoso.

Bajo la túnica encajaron diagonalmente al cinto ancho, la metralleta, abriendo también la funda pistolera.

—Pronto será de noche, viejo. Sería del género idiota, preguntarte, si como yo, llevas bien metido en el seso el plano del templo.

—A toda escala.

—Vamos por aquel barranco. No nos verá Kleber.

Echaron a andar por entre maizales, dejando al mulo atado.

—Entrando por la puerta, como peregrinos, iremos rectamente al bulto. En la hornacina a mano derecha.

—Ya se verá porque la corona ha de destellar horrores.

Fueron repitiendo el plan del qué tantas veces habían hablado.

—Yo me cuido de darle culatazos al pecho. Decía el artículo que el busto del ídolo estaba tallado en madera santa. Santa o no, creo que al tercer o cuarto culatazo, el busto soltará la cabeza.

—Mientras, perforaré al que se mueva en forma que pueda molestar.

—Lo que debes vigilar sobre todo es el gongo de las llamadas. Y no dispararemos salvo que sea forzosamente obligatorio.

—Cuando tengas la cabeza, la metes en tu saco y echas a correr hacia el pasillo de las celdas del risco norte. Yo te seguiré.

—Si hemos aguantado años por junglas y playas, cobrando miserias, ahora, ¿quién podrá alcanzarnos corriendo con la cabeza en nuestro poder?

—Por lo menos cinco millones por barba, viejo. A este precio no dejo yo bonzo ni habitante con resuello si pretenden cortarnos el paso.

—En el templo ha entrado el muchacho.

—Lo siento por él, porque es un jabato simpático, pero no vamos a andarnos con contemplaciones. De por medio hay millones, viejo.

—Está también la lady.

—Peor para ella, por meterse en asuntos ajenos a las labores propias de su sexo y condición.

—Fue un acierto mezclar brea y ceniza para empastarnos la pelambre. Tenemos el cochambroso aspecto de tibetanos fervorosos.

Hablar les calmaba los nervios. Conocían aquella sensación preliminar. La misma que les acometía cuando arrimados a un muro o pegados a un tronco aguardaban la señal del jefe de comando ordenando pasar al asalto.

Un vacío en el estómago, opresión en la garganta, sequedad en el paladar y temblores en los párpados.

La gran puerta de entrada al templo abría su marco en penumbra.

Penetraron los dos con paso rápido, dirigiéndose rectamente al ángulo en que un ídolo refulgía luminoso en su cabeza.

El cuerpo tallado en madera era opaco y oscuro, pero la cabeza, con corona de esmeralda, perlas, turquesas, rubíes y granates, destellaba.

Los ojos, inmensas esmeraldas purísimas, tenían un fulgor inquietante.

Craven, alzando la culata de la metralleta, provista de refuerzos en planchas de hierro, asestó el primer golpe bajo el cuello del ídolo.

Apoyada la metralleta en la cadera derecha, describía Harrison un semiarco ante vuelto de espaldas a Craven.

Los bonzos seguían postrados. Era la hora de las preces, y si se hubiesen movido podían atraer sobre Lombo la maldición de los espíritus protectores.

Pero al propinar Craven el segundo culatazo, Sun Leng se puso en pie. Corrió hacia el gongo monumental instalado colgante entre dos columnas.

— ¡Quieto, chino del demonio! —gritó Harrison—. ¡Tranquilo o te quemo!

Harrison seguía describiendo un semicírculo con su arma. La absoluta inmovilidad de los bonzos le enervaba más que el ataque que estaba esperando:

Nana Kosi, forcejeando, retenía a Sun Lene a cinco pasos del gongo.

Jubiloso gritó Craven:

— ¡Ya cayó!

El ídolo aparecía decapitado. Recogiendo la enjoyada cabeza, apremió Craven:

— ¡Retirada, viejo!

Harrison colocó en bandolera ante el pecho la metralleta, mientras desfundaba su pistola.

Craven corría ya en dirección opuesta a la celda del Tromo. Sun Leng, desprendiéndose de Nana Kosi, alcanzaba ya el mazo que servía para golpear el gongo.

Corriendo hacia atrás, disparó Harrison hacia Sun Leng que, alcanzado, quedó tendido en el suelo.

Atravesó Kleber, a lo ancho, el templo, pero cuando surgió a la terraza, sólo vio la quieta y oscura noche.

Los bonzos seguían en su profunda meditación, ausentes, como si la rápida escena de rapiña y violencia no hubiese tenido lugar.

Junto al umbral estaba detenida Clara Trevor, con expresión alelada.

—Tenemos que huir —apremió Kleber—. Tus dos escoltas han robado la cabeza del ídolo.

Como un autómeta, asida de la mano y casi a rastras, siguió ella la carrera de Kleber hacia el sendero blanquecino en la penumbra. A lo lejos se divisaban puntos luminosos.

Rezongó Kleber:

—Antorchas. Los van a atrapar, por más veteranos que sean.

El círculo de antorchas portadas por jinetes iba cerrándose en torno a Harrison y Craven.

Estallaron disparos. Algunas antorchas cesaron de iluminar el aire para chisporrotear a ras de suelo.

Pero el círculo lanzado al galope, se cerró. Sin poderse mover, aprisionados entre los caballos, Harrison y Craven

fueron atados prontamente.

Aceleraba Kleber el paso y ella corría a su lado, con todo el miedo repentino que de pronto la acometió.

El horizonte aparecía despejado de antorchas. Quedaba ya atrás la silueta del templo erguido en la cúspide rocosa.

—Pronto estaremos a salvo Clara.

Pero, lejos, unos puntitos blancos, le desmentían. Iban aumentando y al girar la mirada en derredor, vio Kleber el cerco de jinetes.

El rumor de los cascos pisando al paso iba aumentando al compás de los redobles crecientes de un gran tambor.

Estremecida se convirtió ella en la mujer primitiva en toda su sencillez. Se abrazó a Kleber.

—Hay que elegir y pronto, Clara Yo, por mi parte, tendré que disparar. Tú puedes alanzar y entregarte prisionera. Tal vez siendo mujer te respeten, porque estos pretendidos salvajes acabaré por creer que son más humanos que nosotros los supuestos civilizados. Pero yo...

—No quiero. No dispares, y explicaremos que no tenemos nada que ver con el robo del ídolo. Además, el Tromo me afirmó que Gorza Kan respetaba mi vida. Si disparas, todo habrá terminado para nosotros dos.

Regis Kleber tiró al suelo cinto y pistola.

Los jinetes se detuvieron a unos veinte pasos. La desparramada luz rojiza de las antorchas hacía siniestros los rostros mongólicos. Uno de los jinetes se destacó lanza en alto y señaló hacia un punto.

El cerco se había abierto por el punto señalado.

Kleber y Clara avanzaron en dirección a la brecha. Los jinetes, en dos hileras, marchaban al paso formando vallas laterales franqueando la pareja.

La caminata fue breve. Al llegar al extremo del sendero, el mismo jinete cabecilla señaló con su lanza el templo.

Al interior, los bonzos seguían postrados, inmóviles.

El jinete de la lanza indicadora desmontó, imitado por otros cinco. Formando cuadro escoltaron a los dos prisioneros hasta la misma celda que apenas media hora antes habían

abandonado.

La puerta se cerró desde fuera, y quedaron solos.

CAPITULO XIV

Harrison y Craven, magullados, yacían atados en el suelo de una celda. Harrison logró sentarse. Miró sus ligaduras y comentó Craven:

—Son de tripa. No podemos segarlas

—Mala suerte, viejo. Lo raro es que no te hayan quitado la maldita cabeza.

Desgarrada la túnica, del cinto de Craven colgaba el saco conteniendo la cabeza de ídolo que para ellos suponía diez millones de libras.

—¿Cómo se llamaba aquel fulano que tenía hambre y estaba amarrado a centímetros de una bandeja con pavos trufados?

—Tántalo... Mal asunto, Brian. Esta vez creo que nos matarán.

—De peores salimos. ¿Te acuerdas cuando los guineanos nos metieron en una zanja para fusilarnos con otros veinte?

—Teníamos las manos libres. Pero ahora...

—¿Se te ha encogido el ombligo? Aún estamos vivos, ¿no?

—¡Maldita sea! A punto de escapar, y nos cazaron.

Adosados ya a la pared desnuda, buscaban en vano algo cortante.

Oyose un chirrido y entró Gorza Kan, cerrando la puerta tras sí. Contempló glacialmente a los dos aventureros. En perfecto inglés, anunció:

—Habéis causado siete muertes.

Dominado el primer estupor, replicó Harrison:

—Tú que hablas inglés mejor que nosotros, trata de comprendernos. Vinimos sin más propósito que curiosear para un buen reportaje. Vimos la estatua y nos dominó la codicia. Somos mercenarios y tenemos el gatillo suelto. Pero no queríamos matar, créelo, tú, quien seas.

—Soy Gorza Kan. Vuestra sentencia ya ha sido decretada.

Desenfundando un corvo sable, lo colocó sobre el suelo. Irguiéndose, su entonación se hizo casi insinuante:

—Confesad que el llamado Kleber era vuestro cómplice y así le evitaréis ser torturado.

Harrison y Craven se miraron. Por fin, a regañadientes, dijo Harrison:

—Si hemos de ir a la fosa, no salimos ganando nada con decir lo que no es verdad. El muchacho no tiene nada que ver con nosotros.

—Vino con vosotros.

—Dice que es naturalista, pero no sabía nada del ídolo ¿Para qué es este sable? ¿Eres tú el verdugo?

—La inglesa...

—Una chiflada Quiere saber quién despachó a su hermano Edgar Trevor. Escucha, Gorza... Danos una oportunidad. Te serían muy útiles dos tipos como nosotros. Podríamos ser instructores de tus soldados. ¿Qué vais a ganar con liquidarnos?

—Vosotros sois buenos camaradas, ¿no?

—Seis años codo a codo. ¡Figúrate!

—Esto es lo que deseaba saber. Vinisteis en busca de una cabeza y es justo que uno de vosotros dos se la lleve.

Inclinose para quitar del cinto de Craven el saco. Extrajo la cabeza del ídolo de Lombo, colocándola bajo su brazo. Tiró el saco a los pies de Craven, y a la vez un cuchillo afilado.

—Ya tenéis con qué quitaros las ligaduras. Puesto que sois mercenarios, sabéis bien que con este sable y este cuchillo no podréis escapar. No obstante, uno de vosotros puede escapar vivo. Bastara que el otro, su compañero de armas, se sacrifique.

Los dos mercenarios escuchaban, tensos los músculos, mirando de soslayo el cuchillo tentador.

Proseguía Gorza Kan:

—En esta comarca salvaje, se cumple la palabra dada, porque odiamos la doblez y la mentira. El que de vosotros dos salga de aquí, llegará sin ser detenido hasta el paso Himalchuli. La libertad.

—No entiendo —bisbiseo Craven sudoroso.

—Vinisteis en busca de una cabeza Os La doy. Podéis pactar o luchar. El que meta en el saco la cabeza del otro, tendrá

libertad para regresar al mundo civilizado. Pero habrá de llevar hasta el Paso Himalchuli la cabeza del otro.

Gorza Kan abandonó la celda.

Craven resopló como si vaciase de golpe sus amplios pulmones:

—Este energúmeno suave está loco.

—Vamos a lo práctico, viejo. Alcanza con los dientes el cuchillo.

Craven se tendió de costado, y reptando con la cara pegada al suelo, cogió el cuchillo entre sus dientes.

De pronto lo escupió mirando receloso a Harrison. Este rió falsamente:

—Imbécil. ¿Qué mala idea te trajina por la sesera? ¿Crees que, si me cortas las ligaduras, yo te...? ¡Anda, para que veas!... Córtate tú las amarras. Pero me encorajina que desconfíes de mí, viejo.

Recogió Craven nuevamente el cuchillo. Con el mango entre los dientes colocó el filo de la hoja de acero contra las muñecas atadas de su compañero. El pelirrojo movió los brazos en breve vaivén vertical.

Forzaba los músculos. Tras cinco minutos de segar, el cuchillo rasgó una fibra. En recias contracciones, hizo Harrison el resto, y sus brazos quedaron Ubres.

Procedió a destrabarse los tobillos. En pie, pidió secamente :

— ¡Trae!

Tendió la mano y en su palma dejó caer Craven de su boca el cuchillo. Sus ojos relucían como los de una fiera que olfatea el peligro.

Con expresión desdeñosa, Harrison fue cortando ligaduras. En pie, libre, sonrió aliviado:

—Estos chinos tienen ideas raras, ¿verdad, viejo? ¡Como si tú y yo, amigos de los de verdad, íbamos a...!

—La mala vida nos enseñó a ser bestialmente prácticos, Craven. ¿Podemos escapar de aquí dentro con estos dos cortafríos?

—No.

—Entonces ¿qué andas pensando sin atreverte a decirlo?

—No sé... Puede que Gorza Kan diga la verdad. A estos chinos no hay quien los comprenda.

—Yo soy más fuerte que tú, Craven.

—¿Qué... demonios quieres... decir?

—Que no quiero volverme loco aquí dentro encerrado contigo y estas dos navajas. ¡Elige!

—Pero ¿qué voy a elegir? Moriremos juntos, viejo.

—Los gusanos que a ti te coman no me alimentarán si estoy también chupando malvas por las raíces. Venga, decídetes de una vez.

Craven miró el suelo, donde junto sable acababa Harrison de tirar el cuchillo.

—¿Nos vamos a matar tú yo Brian?

—Déjate de sentimentalismos. El Gorza Kan habló claro. Vida libre para el que coja el saco y lo rellene.

—¡Esto es horrible, Brian! No hablaras en serio, viejo...

—Como que la cosa está para carcajeos hombre... Tu piel y la mía juntas no valen un pitoche. Es preferible, por lo tanto, que uno de los dos salga libre.

—Es increíble que dos compañeros fieles como tú y...

Antes de terminar su frase, Craven se inclinó empuñando el sable.

—¡Tú lo has querido así, Harrison! —exclamó.

Avanzaba lentamente asestando tajos en cruz.

Harrison fue retrocediendo. Tanteaba tras la pared, y se deslizó de lado.

—De todos modos te hubiera dejado el sable, Craven. Soy más fuerte que tú, y un rato largo.

—No me impresionan tus fanfarronadas, Harrison, maldito bravucón.

Y Craven continuaba en su avance como un cauteloso segador.

Ironizó Harrison:

—Los de fuera dicen que son los salvajes... Anda ya, viejo... Ataca con más coraje...

Exasperado, con lágrimas de furor cuajando en sus ojos, se abalanzó Craven.

El sable hendió el aire a la altura de la cabeza de Harrison que se zambulló a ras de suelo hacia el puñal.

Lo asió por la punta, y a la vez saltando como si pisara muelles, rebotó a un lado.

El sable chocó ruidosamente contra el suelo. Lewis Craven quedó apoyado en la empuñadura, emitiendo un ronco estertor.

El puñal lanzado por Harrison vibraba hincado en su corazón hasta el mango.

Empujó Harrison al muerto, con el pie, que cayó de costado. Tuvo que hacer un gran esfuerzo muscular para quitarle de las crispadas manos la empuñadura del sable.

Lo alzó abatiéndolo con un tajo bestial.

Minutos después, temblando, tambaleándose, se acercó a la puerta que golpeó frenéticamente con el puño.

La puerta se abrió, y a tres pasos vio la barrera de puntas de lanza. Tras la fila de los soldados, sentenció Gorza Kan:

—Puedes irte, pero no tires este saco sangriento hasta llegar al paso Himalchuli. Si lo hicieses, quedaría anulada mi palabra de vida salva. Vete y podrás vender muy caro tu reportaje explicando cómo conseguiste una cabeza.

Cerca de Katmandú, una patrulla encontró a un pelirrojo demacrado, febril, que reía sin cesar contemplando una cabeza humana que de vez en cuando apretaba contra su pecho.

Brian Harrison deliraba, envenenada la sangre por la picadura de una tarántula. Agonizando seguía hablándole a la cabeza de Lewis Craven evocando escenas de lucha en las que ambos habían intervenido.

CAPITULO XVI

Regis Kleber no tuvo tiempo de hablar porque apenas habían cerrado la puerta, volvió a abrirse, y entró el Tromo.

—Gorza Kan desea hablar a solas contigo. Ella ha de venir conmigo.

Asiéndose desesperadamente a Kleber, sollozó ella:

—No me separo de ti...

—No corre ella ningún peligro, ya que vino con intención vengativa, pero perdonable.

—No temas nada, muchacha. El letrero de la entrada ya decía que la mentira es el único crimen que no tiene perdón aquí. Yo no pienso mentir. Vete sin rechistar, que los dos correremos igual suerte, créeme. Vete. Es lo mejor.

Abatida, aceptó ella la mano que tendía el bonzo.

A solas en la celda, Kleber empezó a pasear a un lado y otro. Perdió la noción del tiempo transcurrido hasta que entró Gorza Kan.

El consejero, máxima autoridad de Jongka, comentó:

—Parece que te asombra mi presencia.

—Me asombra tu perfecto dominio del inglés.

—La mentira no tiene perdón en Jongka.

—Ya leí el cartel. ¿A qué viene ahora?

—Tu asombro fue anterior a que yo a que yo hablase. Mirabas mis ojos.

—Son extraños para un nativo de estas tierras. Son verdiazules.

—En efecto. Pero no habrás venido a Jongka para dedicarte a estudiar las pigmentaciones del iris.

Kleber sacudió la cabeza como para disipar absurda.

—Me llamo Regis Kleber, y pretendí ser naturalista hasta llegar a la entrada de Jongka. Leí el cartel, mejor dicho, me lo tradujo Sun Leng, y yo hago caso a las señales del tráfico.

—Eres súbdito de la Gran Bretaña.

—Si lo dices con retintín a causa de Harrison y Craven, ¿es que acaso por acá no tenéis aventureros que se alucinan con

tesoros?

—He reducido en mucho su número. Continúa hablando sinceramente.

—Me contrató un financiero editor de una revista llamada *Sendas Desconocidas*. Por veinte mil libras tenía yo que cumplir dos misiones. Primera, averiguar lo sucedido a Edgar Trevor, también enviado por dicha revista. Y segunda, averiguar la posible existencia de una base de alienígenas.

— ¿Cómo pensabas llevar a cabo ambas misiones?

—Intentando congraciarme con algún habitante influyente.

—Yo lo soy. ¿Por qué acompañabas a Clara Trevor?

—Pregúntaselo a ella.

—No hablaré con ella. Será escoltada hasta Benarés, dejándola a cargo del cónsul británico que se cuidará de repatriarla.

— ¿Tanto te has espiritualizado que ni a tu propia hermana quieres volver a ver, Edgar Trevor?

Gorza Kan entornó los párpados, y permaneció callado un instante.

—Es una historia a la vez larga y corta, Kleber. Llegué a Jongka con la única misión de aportar los beneficios de la civilización. Mi dominio del dialecto parhu me permitió durante meses estudiar el modo de vivir de esta comarca. Y decidí romper con todo lo que es llamado falsamente progreso. Pedí audiencia al marajá y le confesé quién era. Le expuse mis ideas de mejoras, convencido de que la salvación de Jongka y de la humanidad entera, estribaba en que Jongka continuase aisladamente. Me convertí en su consejero, y Edgar Trevor ha muerto. Sólo existe Gorza Kan. Yo.

—Has dicho que el aislamiento de Jongka supone la salvación de la humanidad entera. Tu orgullo te ha nublado la justa proporción de las cosas, Edgar Kan. Es mucho presumir afirmar que de ti depende la salvación de la raza humana.

—De momento impido que en Jongka exista ninguna influencia extranjera. Porque mi ideal, mi credo, es la paz entre la gente de buena voluntad. La paz que aquí reina... y que sólo es turbada por mercenarios aventureros como tú.

— ¿No lo fuiste tú antes que yo? Y yendo al grano, ¿qué va a pasar conmigo?

—Estás sentenciado.

— ¿A qué?

—A eterno silencio.

Regis Kleber dio un paso más acortando la distancia que le separaba de Edgar Trevor.

—A nadie he perjudicado, Trevor. No puedo creer que te hayas convertido en un fanático oriental.

—Cuando conviene, sigo siendo muy civilizado.

Y en la diestra de Gorza Kan apareció una automática.

—No des un paso más, Kleber.

—Acabaré por creer que se te subió a la cresta el título de Kan, y te supones dueño y señor de todas las vidas.

—No odio ni tengo rencor contra nadie. Me limito a velar por la tranquilidad de este valle, único rincón del mundo que no está aun contaminado por vuestra necia palabrería.

—Te olvidas que eres sir Edgar Trevor. Baronet británico.

—Estás pensando en adelantar la pierna izquierda y empujar con tu mano zurda, para asir con la diestra mi brazo armado. No lo intentes. Si sigues quieto, podemos terminar de hablar en paz. La sensatez ha abandonado a los dirigentes de la raza blanca. Desde aquí, leyendo vuestros periódicos, me parece leer las riñas de comadres histéricas y alborotadas Grotresco... Un mundo de tontos, rebaño por fuerza, regido por necios dominados por fabricantes de explosivos cada vez más poderosos que acabarían con la Humanidad de no existir el valle de la Futura Primavera Eterna.

— ¿Futura...? Me repica en el oído... Ya recuerdo. Lo mencionó Sun Leng. ¡Un momento, un momento! Antes dijiste algo rarísimo... Yo estaba pensando adelantar la pierna izquierda y empujarte, a la vez que con la diestra, iba a tratar de agarrarte la muñeca armada... Y fue como si me leyese el pensamiento. Imposible. Vamos, digo yo que es imposible...

Tardó unos instantes en replicar Gorza Kan:

—En estos momentos piensas que he dicho algo incomprensible y a la vez prometedor...

En la mente de Kleber volvía el eco de la frase:

«—...Fabricantes de explosivos cada vez más poderosos que acabarían con la Humanidad de no existir el valle de la Futura Primavera Eterna.»

Y Gorza Kan exponía:

—Tienes derecho a soñar despierto, Kleber. Eres mercenario porque vives en un mundo que te ofrece poco campo para tu oculto idealismo. Pero, ¿y si supieras que en un determinado rincón de Jongka y el Nepal, más allá de Katmandú, hay dos bases alienígenas? Dos laboratorios especiales que trabajan incesantemente para poner a punto la fórmula que eliminará para siempre la agresividad humana, y acabará con el Caín que alienta en todo provocador de guerras.

—Utopía. Ojala fuera cierto.

—Por de pronto en tu mente ya no hay ideas agresivas. Estás demasiado interesado en saber si sueño, si soy un alucinado, o si lo que te digo puede ser realidad.

Trevor se dirigió a un rincón de la celda. Presionó en la pared, en varios puntos. Apareció un recuadro blanco, muy semejante a una pantalla de televisión.

A un lado había una serie de pulsadores. Presionó Trevor uno de ellos. En la pantalla aparecieron en letras mayúsculas:

«ANULADA SERA TODA FISION.

ABOLIDA QUEDARA TODA COMBUSTION EXPLOSIVA.

DESTRUIDA LA ECUACION DEL TERRICOLA EINSTEIN.

LA FORMULA ESPERIANA ACABARA CON TODA PROPULSION BASADA EN FUERZAS ATOMICAS Y CON TODA LA IGNICION PRODUCIDA POR COMBUSTIBLES DE CUALQUIER ESPECIE.»

Se borraron las líneas escritas en la pantalla; y se tornó

intensamente luminosa y en la que destacó una extraña fórmula:

«Z 2 x Y 3 d.
Esper / Tiempo »

Un suave zumbido progresivo hizo desaparecer la extraña fórmula. En el recuadro luminoso fue desfilando un inmenso laboratorio subterráneo

Seres de escasa talla y facciones orientales, manipulaban en aparatos muy similares a los empleados para el manejo de materiales radioactivos.

—Esperianos —aclaró Trevor—. Vinieron de otro planeta. Trabajan para impedir la destrucción de la Tierra que supondría para ellos el final de su propio planeta.

Murmuró Kleber:

—Tienen bastante parecido con Sun Leng.

—Sun Leng es un esperiano. Nana Kosi lo ignora. La misión de Sun Leng y otros esperianos, bajo el aspecto de predicador revolucionario, es simplemente de espionaje. Tender una red de información, que hasta hoy permite saber que el secreto de los laboratorios Esperianos no ha sido descubierto. Y un día llegará en que el Computador Multiorb entrará en funcionamiento, anulando todo poder aniquilador de los laboratorios atómicos de toda clase en cualquier nación.

La pantalla desapareció. Regis Kleber fue a sentarse en la única silla de la celda.

Le parecía estar soñando despierto. Pero era un hermoso sueño por el cual valía la pena sacrificar la vida. Si no existiese el ambicioso financiero Powers, cuya fortuna se basaba en el espionaje industrial de toda clase, nadie, salvo Trevor y él mismo sabrían de la existencia de unos seres llamados Esperianos que iban a salvar a la humanidad de la pesadilla amenazadora de una destrucción atómica...

—He de comunicarte, Regis Kleber, que has perdido diez mil libras. Hace dos días exactamente, falleció Alex Powers. Una muerte digamos casi natural ya que semejó un ataque cardíaco. Nadie pues en todo el mundo sospecha la existencia de una base Esperiana por esta comarca. Alex Powers guardaba para sí mismo el indicio que yo comuniqué. Pensaba, en caso de que se confirmase, vender al mejor postor. Londres, con la esperanza de un futuro mejor, es un sitio agradable para tener un hogar. Todos tus pensamientos son ya translúcidos para el detector Esperiano que me ha sido otorgado. Tú nunca hablarás a nadie de lo que has visto y oído.

—Nunca.

Fueron dos sílabas. Pronunciadas con un fervor que jamás había experimentado Kleber

La serena entonación de Gorza Kan añadía:

—Pero tampoco olvides nunca que allá donde vayas, tus pensamientos serán detectados. Simple medida de precaución.

— ¿Y por qué... me concedéis volver a vivir?

—Personalmente porque una mujer ya sufrió con la muerte de un ser por el cual sentía mucho cariño. Sería un exceso de crueldad condenarla a sufrir por la pérdida de un ser por el cual siente un inmenso amor. Te reunirás con Clara Trevor al norte de Katmandú. Varios Esperianos como Sun Leng serán vuestra segura e invisible escolta hasta el avión que os llevará por vía normal a Londres.

— ¿Y cómo le explico a ella que... pude escapar vivo?

Una tenue sonrisa distendió el rostro ascético de Gorza Kan.

—Más allá de Jongka, la mentira tiene perdón.

* * *

La explicación de Regis Kleber fue muy convincente, porque quien la escuchaba estaba ya de antemano convencida de que todo cuanto decía él, era maravillosamente sincero.

La versión fue breve. Edgar Trevor voluntariamente se sometió a ritos yoga que le espiritualizaron en exceso, perdiendo la vida. Y Gorza Kan, máxima autoridad en Jongka, estimó que la hermana del que buscaba la intensa paz de su espíritu, merecía hallar la felicidad en su país natal, en compañía del hombre que demostró una gran virtud: sinceridad.

Y Regis Kleber ha hallado la felicidad. Sabe que la Humanidad disfrutará de una Futura Primavera Eterna de paz, que se está fraguando más allá de Katmandú.

FIN

**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
se complace en recomendar a sus**

lectores, las colecciones:

**HEROES DE LA PRADERA
dedicada a las mejores novelas
de dos colosos del "WESTERN"
dos autores cuya fama crece día a día:
SILVER KANE y KEITH LUBER**

y

**LA CONQUISTA DEL ESPACIO
en la que sólo tienen cabida las más
extraordinarias aventuras de
"CIENCIA FICCION"
debidas a la pluma de los autores que
mayor éxito han obtenido entre los
aficionados a este género**

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Martín
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

Impreso en España
Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.